

Selección TERROR

HABLABA DESDE EL MAS ALLA

Ada Coretti



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

508 — Viaje al interior de la muerte. *Frank Caudett*.
509 — Mis amados muertos. *Adam Surray*.
510 — Granja de malditos. *Ralph Barby*.
511 — El final del laberinto. *Clark Carrados*.
512 — El amigo de las culebras. *Joseph Berna*.

ADA CORETTI

HABLABA DESDE EL MAS ALLA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 513
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 38.311 - 1982

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: en España: enero, 1983
2ª edición en América: julio, 1983

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1983

CAPITULO PRIMERO

Se estaba muriendo, y todos lo sabían, incluso la propia interesada.

Daba pena mirarla. Pálida, delgada, aún joven. Intentaba sonreír para no entristecer demasiado a los que se habían reunido alrededor de su cama para darle el postrero adiós.

Pero Roberta Massey sabía que allí faltaba alguien, así que preguntó:

—¿Y Jane? —su tono fue trémulo como el aleteo de un pájaro herido.

—No creo que tarde en llegar —le respondió Donna, la hermana mayor.

Donna Massey tenía cuarenta años cumplidos y mostraba el gesto altivo que siempre la había caracterizado. Pero ahora, no obstante, intentaba ser distinta, se esforzaba por proyectar otra imagen.

Pero Donna no pensaba en la pobre e infeliz moribunda, sino en su dinero. Sabía que en aquella enorme y destartalada casa, en el lugar sin duda más insólito, había escondida una fortuna en monedas de oro. Se trataba, pues, de que Roberta se decidiera, antes de morir, a decirles qué lugar era ése.

—De un momento a otro oiremos su «Mercedes» —dijo Jennifer.

Era ésta una muchacha alta y espigada, de cabellera oscura, de preciosos ojos oscuros. Era la hijastra de Donna.

Apenas pronunció estas palabras mereció una mirada re-probativa por parte de Carolyn, su hermanastra, una jovencita fea y gorda, de rostro abotargado.

—Tía Roberta ya sabe que tía Jane ha comprado un «Mercedes» —pronunció estas palabras de un modo sumamente desagradable.

—No ha sido mi intención... —se excusó Jennifer.

Allí en el dormitorio, si bien en una segunda fila, estaba Jimmy Claitte, el novio de Carolyn. Un joven de buena presencia, muy elegante, que no había trabajado en su vida y que, según había afirmado en más de una ocasión, tenía la intención de no hacerlo nunca. De ello, sin duda, que se hubiera prometido a Carolyn. La chica había heredado de su padre una cifra nada despreciable. Además, que de ser cierto lo que se aseguraba, Roberta Massey tenía guardadas muchas, muchísimas monedas de oro. Si a su muerte las repartía...

Pero Roberta Massey, a punto ya de morirse, no parecía decidida a tocar el tema. Y era el momento de hacerlo, evidentemente. Por lo menos a juicio de quienes en aquellos momentos le fingían un cariño que no le tenían.

Esto no iba con la guapa Jennifer. Ella siempre había querido a tía Roberta, aunque en realidad no era su tía. Era sólo Ia hermana de su madrastra. Pero sí, siempre había sentido un sincero aprecio por ella. Tal vez porque tenía la mirada cargada de ensueños, de añoranzas, de cosas que había querido hacer e iba a morirse sin haber hecho.

—Respecto a esas monedas que... que... —Donna carraspeó un poco— que... guardas... no sabemos dónde...

Alguien tenía que empezar a hablar de ello. No podían dejarlo para más adelante. O entonces o nunca.

La respuesta llegó, pero no de labios de la moribunda, sino de la bóveda celeste. Por lo menos todos ellos tuvieron la sensación de que aquello, de una u otra manera, había sido una respuesta. Una respuesta amenazadora.

En el cielo oscuro, más bien negro de aquel atardecer de invierno, varios relámpagos acabaron de coincidir entre sí, entrecruzándose alucinadamente. Y se había producido una viva y casi hiriente luminosidad, violácea, fantasmal, que entrando a través de los cristales de la ventana, había cambiado la tonalidad de cuanto les rodeaba.

—Las tengo escondidas —dijo quedamente Roberta, refiriéndose a las monedas—. Muy bien escondidas.

—¿No vas a decirnos, tía Roberta, dónde están? —se atrevió a preguntar Carolyn.

—Claro que sí —asintió la moribunda—. Pero no ahora... Dentro de unos días...

Tanto Donna, como su hija Carolyn, como su novio Jimmy Claitte, sabían que no cabía ese «dentro de unos días». Tía Roberta se estaba muriendo.

—¿No sería mejor —apuntó Donna— que nos lo dijeras ahora? Comprende, hermana mía...

—Mi madre tiene razón —Carolyn hizo hincapié en ello—. Ahora sería mejor.

—No la obliguemos a hablar, la estamos fatigando —dijo de pronto Jennifer, no pudiendo menos de demostrar su desagrado, su desaprobación ante aquel acoso.

Jimmy Claitte miró con rabia a la guapa muchacha de cabellera oscura y ojos verdes. Estaba claro que él deseaba que la enferma hablara cuanto antes.

—Mi buena Anne ya ha recibido instrucciones al respecto —repuso Roberta, cada vez más quedo y trémulo su tono—. Sabe de sobra lo que debe hacer cuando yo muera.

—¿Quieres decir — le preguntó Donna— que Anne, tu vieja sirvienta, sí sabe...?

—No, no —negó la moribunda—, ella no sabe nada. Pero sabe lo

que tiene que hacer cuando yo muera.

De nuevo entró en la estancia una claridad violácea, fantasmal. En el oscuro, en el negro cielo, habían vuelto a coincidir varios relámpagos, entrecruzándose de forma alucinante.

¿Se trataba, acaso, de una nueva amenaza?

—¿Qué tiene que hacer Anne cuando mueras...? —preguntó Donna—, Dímelo, hermana mía...

Había empezado a llover torrencialmente. El agua daba tan fuerte en la ventana que parecía querer romper los cristales.

—Tiene que meterme en el ataúd un teléfono... —dijo Roberta con naturalidad.

—¿Qué ha dicho usted...? —barbotó Jimmy Claitte, adelantando unos pasos hacia la cama de la moribunda—. Creo que no la he oído bien.

—Mi fiel Anne desenchufará el teléfono que tengo aquí, en la mesita de noche, y me lo meterá en el ataúd... —les hizo saber Roberta.

—Pero... pero... —balbuceó Donna.

—Así podré telefonearos y deciros donde guardo las monedas de oro. Tengo una arqueta llena, vosotras ya lo sabéis... —concluyó diciendo la moribunda.

—Pero... pero... —esta vez fue la fea y gorda Carolyn quien balbuceó.

—Recordadlo —repuso Roberta Massey tras una pausa—», os telefonearé así que me haya acostumbrado un poco a lo macabro y tétrico de mi encierro. No antes -puntualizó-porqué supongo que debe ser terrible ser metida en una tumba. Al principio debe sentirse mucho miedo. Más que miedo —agregó— terror...

El ataúd iba a ser cerrado de un momento a otro. En su interior, el cadáver de Roberta Massey parecía esperar que se cumpliera su última voluntad. Sus párpados permanecían un tanto entreabiertos, como no queriendo quitar la vista de encima a quienes entraban o salían de la cámara mortuoria.

—Debo colocarle el teléfono...

Se volvieron hacia la vieja sirvienta. Una mujer bajita, y delgada, de cabello muy blanco.

—Es absurdo hacer eso —dijo Donna, con indudable mal humor.

—Totalmente absurdo —convino seguidamente Jimmy Claitte.

—Cualquiera lo comprende así —añadió Carolyn, no de mejor humor, ciertamente, que su madre.

—Si Anne le prometió que lo haría... —intercaló la guapa Jennifer —, Debe quedar al margen que sea absurdo o no.

—Cumpliré lo que le prometí —dijo la vieja sirvienta— aunque sea lo último que haga en esta casa.

—Nadie va a despedirte —Donna se apresuró a hacer constar sus buenas intenciones al respecto.

—Esta sigue siendo tu casa —repuso Carolyn.

Madre e hija estaban de acuerdo. ¿Cómo no estarlo cuando la vieja Anne era la única que tal vez sabía, o sospechaba, donde podían estar las monedas de oro?

La vieja Anne colocó el teléfono dentro del féretro, donde la muerta pudiera utilizarlo con facilidad si es que se decidía a hacerlo.

Luego, tras mirar el cadáver con los ojos llenos de lágrimas, susurró:

—Merecías haber tenido mejor suerte, Roberta.

Antes de que la tapa del ataúd descendiera, todos observaron una vez más, la última — al menos así lo creían—, aquel cuerpo ya aterido por el helor de la muerte. Sus manos se cruzaban sobre el pecho en actitud piadosa. Entre sus dedos sostenía una pequeña cruz de plata.

—Pobrecita... —murmuró Jennifer.

—Las pobres somos nosotras —dijo Donna—. Se ha ido al otro mundo sin decirnos donde están... —no acabó la frase, era innecesario.

—Lo ha hecho a sabiendas, para fastidiarnos —afirmó Carolyn, muy abotargado su rostro ante la indignación que sentía.

—No creo que haya actuado de mala fe —intervino Jimmy Claitte, tras encogerse de hombros—. Simplemente estaba chiflada. Esto es todo.

—Opino de distinta manera —repuso el doctor Carroll.

Este acababa de llegar. Era un ahombre de unos sesenta años, de aspecto algo tímido. Llevaba gafas.

—¿Qué ha querido decir, doctor Carroll? —preguntó Donna, volviéndose hacia él.

—Yo conocía bien a Roberta —dijo— y estoy convencido de que no era tan inofensiva como parecía.

—¿No...? —inquirió Carolyn—. ¿Pues cómo era mi tía?

—No podría asegurarlo —repuso el doctor Carroll— pero en ella había algo oculto.

—No le comprendemos —dijo Jimmy Claitte.

—De niña enfermó del corazón, por lo que siempre supo que no viviría mucho —continuó diciendo el doctor Carroll—. A mí, desde luego, me tenía una confianza absoluta, pero sólo como doctor, no como amigo. La verdad es que jamás se sinceró conmigo.

—Pero usted ha dicho —subrayó Donna— que la conocía bien.

—Lo suficiente —afirmó el doctor Carroll, sin querer dilatarse en más consideraciones— para aconsejaros que os vayáis de esta casa en cuanto concluya el entierro. Aquí no tenéis nada que ganar.

Pero Jennifer conocía de sobra a su madrastra y a Carolyn, y también a Jimmy Claitte, para estar convencida de que, de común y tácito acuerdo, no se irían de allí mientras no encontraran las monedas de oro.

Así que Jennifer se limitó a callar. Sabía de antemano que su parecer no iba a interesar a nadie.

El entierro se efectuó con toda normalidad. En realidad el acto duró poco, pues el cementerio de la localidad de Reedsson se hallaba relativamente cerca de aquella casa.

Ya de regreso, decidieron tomar unos brandys, les estaba haciendo falta. Un entierro nunca es una cosa agradable.

De pronto oyeron gritar a la vieja sirvienta. Más que gritar, aullar…

Fueron corriendo hacia la amplia cocina. Desde allí llegaba la voz de Anne.

La encontraron rígida y helada como una estatua de mármol.

—¿Qué pasa, Anne? —preguntó Donna—. ¿Qué pasa…?

—Nos has asustado —repuso Carolyn.

—Acabo de ver a Roberta —a la vieja sirvienta apenas le quedaba voz.

—¿Qué dices? —protestó Jimmy Claitte—. ¿Desde cuándo los muertos vuelven del cementerio?

—No me gusta oír tonterías —dijo Donna.

—A mí tampoco —corroboró Carolyn.

—Cálmate, Anne, por favor —Jennifer intentó tranquilizarla.

—Les aseguro que he visto a Roberta —repuso la vieja sirvienta mientras temblaba todo su pequeño y delgado cuerpo—, Apenas he entrado en la cocina… Estaba allí, entre la penumbra, junto a esa puerta… —la indicó. Era la puerta que daba acceso al sótano—. La he visto… No, no me ha dicho nada. Me ha sonreído, eso ha sido todo. Después… después…

—¿Después, qué? —le apremió Donna con el tono tenso.

—Sus manos, sus brazos, su cuerpo, todos sus miembros han penetrado y traspasado la puerta como si estuvieran hechos de brumas. Ahora —concluyó la sirvienta— Roberta debe estar en el sótano…

Entre ellos quedó un silencio pesado y frío como la fría y pesada losa de un sepulcro.

CAPITULO II

Con su metro ochenta de estatura, sus rasgos viriles y sus ojos acerados de sagaz y escrutadora mirada, Rex Patmarr tenía éxito con las mujeres.

Tenía tanto éxito que sin proponérselo a veces se las encontraba metidas en su cama.

Ocasiones que no desaprovechaba, pues el sexo femenino ocupaba sus mejores y más escogidos pensamientos.

No obstante, la obligación era para él lo primero, lo que anteponía a todo. Por eso, sin duda, había llegado a ser un buen detective. El mejor de la agencia a la que entró a trabajar apenas cumplidos los dieciocho años.

Ahora tenía ya veinticinco, y se había anotado tantos éxitos profesionales que, considerando su propia valía, tenía decidido establecerse por su cuenta. Sin duda no tardaría en hacerlo.

Aquella noche frecuentó el Pearl Club, como solía hacer cuando disponía de un rato libre. A su pista salían unos números estupendos y unas chicas preciosas, auténticos bombones. Aunque a Rex Patmarr le gustaban esas chicas para mirarlas, sólo para eso. Que se desnudaran con tanta facilidad lo encontraba excitante, provocador y delicioso, pero no hasta el extremo de querer acostarse con ellas. Para hacer el amor prefería buscar otra clase de muchachas, aparentemente al menos no tan asequibles. De este modo la aventura resultaba más sabrosa.

Aquella noche se acercó a la barra y pidió un whisky. Desde allí estuvo contemplando la redonda y reluciente pista, donde poco después vio salir a una llamativa rubia, de cimbreantes formas. Se puso a cantar con una voz muy bonita. Muy bonita, sí, señor, sobre todo si se tenía en cuenta que debido a sus encantos físicos lo de menos era la voz.

En eso se le dirigió el barman.

—No se vaya, señor Patmarr.

—¿Cómo...? —inquirió él.

—La señorita Massey me ha rogado que le retenga. Tiene precisión de usted.

—¿La señorita Massey? No creo conocerla.

El barman indicó la redonda y reluciente pista, donde la llamativa rubia estaba causando las delicias de la numerosa concurrencia.

—Es ella —repuso el barman. Amplió acto seguido—. Según me ha dicho está en un apuro.

—¿Sabe que soy detective privado?

—Se lo he dicho yo —reconoció el barman—. Al verla tan

inquietante, tan desasosegada...

—Ha hecho usted bien —dijo Rex, y sentado en el alto taburete se quedó esperando a que finalizara la actuación.

Una vez sucedió esto, Jane Massey salió de la pista, sorteó las mesas y se dirigió rectamente hacia la barra.

Ya allí, interpeló así, sin más, al detective.

—Es usted Rex Patmarr, ¿verdad?

—Sí —contestó él, y le echó encima una mirada analítica, dándose cuenta de que no era tan joven como le había parecido a primera vista.

—Necesito de usted —le hizo saber ella, esforzándose por no traslucir todo su nerviosismo.

—Eso me han dicho —repuso Rex.

—Deseo contratar sus servicios. Le pagaré lo que sea, lo que me pida.

—Es un precio razonable.

—Vayamos a un reservado, ¿quiere? He de hablarle confidencialmente.

—De acuerdo.

Ya allí, Jane Massey le explicó lo que había sucedido en la localidad de Reedsson, en la casa de su hermana. Hizo alusión, por descontado, al teléfono colocado en el ataúd y a la arqueta con monedas de oro que estaba por alguna parte. Le confesó seguidamente que se sentía sumamente inquieta y desasosegada porque presentía que, apenas llegara junto a los suyos, le acecharía un gran peligro. ¿Qué clase de peligro? No lo sabía.

—Tenía que haber acudido cuando mi hermana se hallaba aún con vida —se lamentó— pero estaba ausente de Londres, no había querido dar mi dirección a nadie y, en fin, al regreso me encontré con la triste noticia. Como sea —agregó—, ahora debo ir...

—¿Por las monedas de oro? —Rex Patmarr no pudo evitar cierta ironía en su tono.

—Es el principal motivo —reconoció Jane—. Si dejo actuar a los demás me quedaré sin nada.

—Pero, ¿existen ciertamente esas monedas? —Rex quería estar convencido de este punto, no fuera a tratarse de una salva sin pólvora.

—Sí, existen —afirmó.

—Y por lo que me ha dicho, su hermana Donna no es de fiar...

—No, en absoluto. Ni tampoco su hija Carolyn.

—La idea del teléfono resulta un tanto macabra —reflexionó Rex Patmarr—. Más aún si alguien espera ciertamente que la llamada telefónica llegue...

—Los muertos no telefonean —afirmó Jane—. No tengo miedo en

ese sentido. Sería ridículo tenerlo, ¿no cree? Sin embargo, algo me dice que si voy, y no puedo dejar de ir, correré ciertos riesgos. Por eso quiero que usted me acompañe.

—Parece buscar un guardaespaldas, únicamente eso. No me gusta.

—Busco bastante más que un guardaespaldas —admitió Jane—. Necesito a alguien con la inteligencia viva, despierta, que sea capaz de deducir dónde pueden estar escondidas esas monedas de oro... Y que sea capaz de deducir —agregó— de quién debo o no temer algo malo.

—Bien, si no me contrata como mero guardaespaldas, de acuerdo —repuso Rex Patmarr—. Pero antes de aceptar —aclaró— necesito que me relate con ciertos detalles su vida... Y la vida de su hermana Donna... Y la vida de su hermana Roberta, ya muerta. Y en resumidas cuentas, la historia de toda la familia. Si hay que atar cabos, esto resulta inevitable. Espero que no le moleste sacar el polvo a los trastos viejos.

*

De niñas se querían. Las cuatro hermanas se querían de veras, sinceramente.

Sí, eran cuatro hermanas. Donna era la mayor, luego venía Roberta, después Jane. La pequeña era Mónika, una niña dulce y cariñosa, demasiado sensible.

En la casa enorme, un poco destartalada, donde habían nacido, jugaban, reían, y se divertían enormemente. Vivían con ciertas estrecheces económicas, pero no les faltaba lo esencial. Eran felices.

Un mal día, en medio de sus risas y de sus alegrías, su padre enfermó. A su madre la habían perdido hacía ya mucho tiempo. Entonces comprendieron que iban a quedarse muy solas.

Así fue, si bien la buena de Anne, la sirvienta, no había de separarse de ellas. Les aseguró que aunque no pudieran pagarle era lo mismo. Ella seguiría cuidándolas como siempre.

Pasaron los años y los tiempos de penuria, en cierto modo, fueron quedando atrás. Donna, Jane y Roberta trabajaban ya, por Io que ahora podían defenderse mucho mejor, y no sólo eso, sino que podían ir pagando las deudas que habían ido contrayendo. En cuanto a Mónika, que en aquella época era una jovencita muy linda, aún estaba estudiando.

Fue por aquel entonces, más o menos, cuando en la localidad de Reedsson apareció un forastero. Paul Pitts.

Este cortejó a Mónika. Y Mónika, inocente e ingenua, se enamoró de él como una loca.

Y nunca mejor y más exactamente dicho, porque cuando el

forastero la abandonó, Mónika no pudo resistirlo y perdió la razón. Y la perdió por completo, teniendo que ser internada en un manicomio.

Un año después la dejaron regresar al hogar, pero fue más en plan de prueba que de otra cosa. Sin embargo, allí ya nada era igual que antes.

Todo había cambiado sustancialmente.

Donna iba a casarse con un viudo, y por lo que dijo pretendía desentenderse de la enfermedad mental de su hermana Mónika. Aseguró que tenía la obligación de dedicar todo su tiempo a su futuro marido y a la pequeña hija que éste aportaba al matrimonio.

En cuanto a Jane, se había dado cuenta de que tenía una voz muy bonita, una cara atractiva y un cuerpo precioso, así que había decidido irse de allí y buscar en Londres su oportunidad.

Roberta era la única que seguía dispuesta a permanecer allí. No parecían atraerle otros horizontes que no fueran aquéllos. Así pues, fue ella quien se sintió con ánimos de convivir cariñosamente con la hermana pequeña cuyo estado mental no había mejorado todo lo que hubiera sido de desear.

A menudo, Mónika hablaba a solas, a veces entre sigilosas risas, a veces entre contenidos llantos, o por el contrario gritaba en son de amenaza refiriéndose a Paul Pitts, el hombre que la había llevado a aquel estado. Luego se tranquilizaba y quedaba en una actitud apagada, pasiva, indiferente.

El doctor Carroll aconsejó a Roberta que internase de nuevo a su hermana. Su delicada salud, su corazón muy débil, necesitaban cuidados y reposo, y una loca en la casa no podía beneficiarla en modo alguno.

Roberta se negó a internar en el manicomio a la pequeña Mónika, diciendo que era feliz teniéndola a su lado. Afirmó que aseguraría a quien fuera preciso que Mónika se comportaba en todo momento con absoluta normalidad.

—Piensa —dijo el doctor Carroll— que si Mónika se queda aquí no será fácil que te cases. Me cuesta imaginar que alguien se atreva a compartir o contigo una convivencia que...

—Como sea —había de interrumpirle Roberta— no pienso dejar que aparten a Mónika de mi lado. Yo la quiero mucho, ¿comprende?

La verdad es que nadie había de comprenderla. Y sin duda por eso, Donna y Jane se pusieron de acuerdo para denunciar el caso a las autoridades pertinentes. Hicieron constar, por descontado, la peligrosidad de la enferma.

Si actuaron de este modo no fue realmente por maldad. Por lo menos así lo aseguraron repetidamente. Pero ambas iban a irse del hogar paterno, Donna para casarse y Jane para triunfar, y dejar allí a Roberta con una perturbada mental no les pareció aconsejable.

En consecuencia, Roberta no pudo evitar que las opiniones de sus hermanas mayores fueran tomadas en consideración y que Mónika fuera internada de nuevo en el manicomio.

Se quedó sola, y triste. Pero no, no se quedó sola del todo. La buena de Anne, como en el pasado, como siempre, seguía a su lado. La fiel sirvienta era en realidad su único consuelo.

Nada varió hasta unos años después, cuando Roberta recibió la visita de un hermano de su padre, al que apenas reconoció, pues había envejecido mucho desde la última vez que estuvo allí.

Su tío le comunicó que había hecho una gran fortuna y que había abierto en el banco una cuenta corriente a nombre de Roberta Massey.

—¿A mi nombre? —se asombró Roberta.

—Sí —afirmó.

Le dijo a continuación que Donna nunca le había caído simpática, ni tampoco Jane. Dado que Mónika había enfermado mentalmente, sin posibilidades de curación, sólo quedaba ella.

—Estoy desahuciado por los doctores —le dijo—. A cambio de mi dinero sólo te pido que me dejes morir aquí. Porque ésta es la casa de los abuelos, ¿sabes? Yo también nací en este lugar.

Cuando su tío falleció, Roberta se encontró sin saber qué hacer con aquella gran fortuna. Le salieron varios novios, eso sí, pero como si no los viera. Sabía, o al menos creía saber, porque se le acercaban.

Un año, por Navidad, invitó a sus dos hermanas, y a su sobrina Carolyn, y a Jennifer, la hijastra de su hermano mayor. Jane había ya triunfado y Donna acababa de enviudar de su marido, un comerciante bastante rico que había legado todo su dinero a Carolyn, la hija habida del matrimonio. A su esposa no le dejó nada, sólo los gananciales que marcaba la ley.

Cuando aquel día, por Navidad, Roberta les enseñó su tesoro, unas y otras parpadearon perplejas.

—Pero... pero... ¿qué es... es esto...? —inquirió Donna, tartamudeando.

—¿Ven bien mis ojos? —inquirió Jane, deslumbrada.

—¡Oh! —exclamó simplemente Carolyn, que por aquella fecha no tendría más de doce años.

—Son preciosas... —comentó Jennifer, ya convertida en una chiquilla guapísima.

Roberta había vaciado el contenido de una arqueta de madera tallada, desparramando sobre la mesa una enorme cantidad de monedas de oro.

—No me gustaba tener el dinero en el banco —les dijo.

Cuando pasados unos segundos le preguntaron si iba a darles algo, Roberta miró de un modo especial a Donna, y luego a Jane, y

respondió:

—Claro que sí. Cuando yo muera.

CAPITULO III

Llegaron ante la casa enorme, un tanto destartalada, situada en la localidad de Reedsson. Llegaron en el soberbio «Mercedes» que Jane Massey acababa de adquirir.

Al volante iba Rex Patmarr. Antes de emprender el viaje le había dicho:

—No tengo inconveniente en ir en su coche, pero seré yo quien conduzca.

—Se trata —hubo de aclararle ella— de que mi hermana Donna vea el coche y se muera de envidia. Me tiene sin cuidado quien conduzca.

Dijo esto con un tono algo mal encarado, pero hay que reconocer que en seguida sonrió y que durante el camino todo marchó perfectamente entre ellos.

Esto se debió, sin duda, a que Jane se había dado cuenta de que el detective contratado era todo un hombre, todo un tipo. Así le gustaban a ella.

Apenas se apearon, Rex echó una mirada escrutadora a los alrededores. Quería hacerse una idea de qué lugar era aquél.

La casa estaba relativamente cerca de la carretera y bastante alejada de cualquier otra vivienda. La localidad de Reedsson, no obstante, apuntaba a cosa de medio kilómetro, por Io menos allí aparecían sus primeras casas.

El terreno estaba cubierto de hierba, y de matorrales, y en ciertos lugares también de arbolado.

Debían ser apenas las seis de la tarde, pero la noche se había ya echado encima. A dio había contribuido lo cerrado del cielo y lo espeso de la niebla.

La casa surgía con un par de sus ventanas encendidas.

—Están en el salón —repuso Jane—. A propósito, será mejor que te tutee y que diga que eres mi representante. Eso de detective privado no creo que les gustara.

—Usted manda —se limitó a contestar Rex.

Ya en el interior de la casa, cuya puerta les abrió la vieja Anne, se dirigieron hacia el salón. Una estancia amplia, bastante acogedora. Había cortinas de terciopelo rojo a los lados de las ventanas y algunos cuadros y un espejo de marco dorado colgado de las paredes. Los sillones eran abundantes y cómodos. No faltaba la encendida chimenea, con la repisa de mármol.

Efectivamente, todos se hallaban allí, en el salón.

Jane presentó al joven que le acompañaba, Donna y su hija esbozaron una sonrisita al oírle decir que era su representante.

Rex dedujo que Jane Massey debía haber mantenido idilios con todos sus representantes. Por descontado, se pasó por alto las veladas sonrisitas, prefiriendo detener su atención en Jennifer.

Comprendió que aquella guapa muchacha, de cabellera oscura y ojos verdes, era la hijastra de Donna. Por lo que Jane le había contado de uno y otros, la deducción resultaba obvia.

Como inevitable resultaba deducir que la jovencita fea y gorda, de rostro abotargado, respondía al nombre de Carolyn. En cuanto a Donna Massey no podía ser otra que aquella señora, aún joven, indudablemente, pero cuyo gesto altivo no la hacía nada agradable.

El joven de buena presencia, muy elegante, tenía que ser Jimmy Claitte, el novio de Carolyn.

En cuanto al hombre de unos sesenta años, con aspecto algo tímido, que llevaba gafas, sin duda era el doctor Carroll.

En efecto, se trataba de ellos, y como tal le fueron presentados a su debido tiempo.

Todos estuvieron correctos con Rex Patmarr, pero sin más. Quedó suficientemente claro que hubieran preferido que Jane llegara sola.

—Con un «Mercedes» no hay distancias largas —comentó Jane seguidamente.

—Sabía que hablarías de tu coche antes que de Roberta —comentó Donna.

—Desgraciadamente —dijo Jane—, hay poco que hablar de nuestra hermana. Ahora lo único que podemos hacer por ella es llevar flores a su tumba.

—Al margen de eso —repuso Carolyn—, puedes buscar las monedas de oro. Para eso estás aquí.

—¿Acaso vosotras estáis aquí para otra cosa? No, Jennifer —se volvió hacia la muchacha cuyo nombre acababa de pronunciar—, esto no va por ti. Va por ellas.

—Siempre me has tenido antipatía —masculló Donna—, Claro, no me has perdonado que me haya casado, mientras tú...

—Si yo no me he casado —Jane no le había dejado acabar— ha sido porque no he querido, los hombres me han sobrado.

—Para hacer el amor, no lo dudo. Pero estamos hablando de casarse, de contraer matrimonio, de ser toda una dama.

—No me seduce ser toda una dama y tener un marido que a su muerte no me deje nada —apostilló la llamativa rubia.

Acababa de decir lo que sabía que más había de zaherir a su hermana mayor.

—Por favor —intervino Jennifer—, no os enfadéis.

—No, no vale la pena —convino Donna, si bien haciendo un gran esfuerzo por controlarse—. Aquí, lo único que vale la pena es buscar las monedas de oro.

—Por lo que veo las habéis encontrado —repuso Jane.

—No —dijo Jimmy Claitte, interviniendo por primera vez.

—Me ha abierto Anne, nuestra buena Anne... —repuso Jane—. Yo creo que ella debe saberlo. ¿No sois vosotras de mi mismo parecer?

—Lo éramos —afirmó Donna—. Pero ella dice que no, que no tiene ni idea de dónde puedan estar. Empiezo a creer que dice la verdad. Por cierto —recordó—, Anne asegura que Roberta...

Y le contó lo sucedido al regresar del entierro. Tal pormenor lo había omitido en su última carta.

—¿Cómo...? —el asombro de Jane quedó rebasado por el miedo que de pronto sintió—. ¿Anne asegura que...?

—Sí, eso dice. Afirma que la vio en la penumbra, juntó a la puerta que comunica con el sótano. Afirma que la vio traspasar la puerta como hacen los fantasmas, convertida en bruma...

—Pero, bueno —espetó Jane—, eso son tonterías. Supongo que a pesar de eso habréis mirado si en el sótano están las monedas de oro, ¿no?

—Pues... Ia verdad... —vaciló Carolyn—, no nos hemos atrevido...

—Te esperábamos a ti —dijo Donna—. Si algo malo nos ha de suceder, que nos suceda a todas.

—Yo he venido acompañada de un hombre, por si acaso —manifestó Jane—. Con él todo será más fácil.

Hasta aquel momento el doctor Carroll había permanecido sin despegar los labios. Entonces dejó oír su voz, aunque antes de hacerlo se vio obligado a un leve carraspeo.

—Yo no hubiera tenido inconveniente en acompañaros al sótano —repuso, dirigiéndose a Donna y a su hija—, pero he preferido no hacerlo porque nunca se sabe lo que puede suceder.

—Parece no temerlas todas consigo, doctor Carroll —dijo Jane.

—Le aconsejé a Donna que se fuera de esta casa en cuanto concluyera el entierro. Le dije que aquí no tenía nada que ganar. Ahora, Jane, te lo repito a ti.

—Usted sabe muy bien, doctor Carroll, que en esta casa hay algo que a toda costa necesitamos encontrar. A nadie le amarga un dulce.

—Respecto a este punto yo estoy completamente de acuerdo con Jane —convino Donna—, Debo reconocerlo.

—Yo de vosotras —apuntó el doctor Carroll—, reflexionaría detenidamente antes de tomar una u otra determinación. No vayáis luego a lamentar...

—¿De qué podemos llegar a lamentarnos? —preguntó Jane, que en el fondo era la que daba más muestras de estar asustada. Pero no esperó la respuesta y se volvió hacia Rex Patmarr—, Dime, ¿qué opinas tú de todo esto?

—Aún es pronto para que opine algo —dijo Rex—. Ahora bien, me

gustaría saber algo de ustedes... —su mirada fue circular, abarcó a todos ellos.

—¿Se refiere a mí? —preguntó Donna, creyendo que la pregunta le había sido especialmente dirigida.

—Sí, a usted, y a Carolyn, y a Jennifer, y a Jane. A las cuatro. También a los demás... —amplió, y miró a Jimmy Claitte y al doctor Carroll—, pero, lo dicho, sobre todo a las cuatro mujeres de la casa.

—¿Qué es lo que le gustaría saber de mí? —preguntó Donna, más altivo que nunca su gesto.

—En primer lugar —puntualizó Rex—, si usted espera esa llamada telefónica...

—¿Qué llamada? —se atragantó.

—Su hermana Roberta dijo que les llamaría, ¿no? Si no estoy mal informado, para eso se hizo instalar un teléfono en el ataúd...

—¿Quiere usted burlarse de mi madre? —le increpó Carolyn, y enrojeció su rostro abotargado.

—¿Y usted, Carolyn —preguntó Rex—, espera esa llamada? Bien mirado sería una buena solución. El teléfono que suena, ustedes lo descuelgan y su buena tía Roberta les dice dónde está la arqueta. Sería estupendo, ¿no cree?

—Ahora quiere burlarse de mí, ¿eh? Pues entérese —masculló—, en nuestra familia sólo hay una loca y ésta es mi tía Mónika. Los demás estamos cuerdos. Así pues, ni mi madre, ni yo, esperamos llamadas del Más Allá. ¿Ha quedado claro, señor Patmarr?

Carolyn acababa de demostrar que era una jovencita con temperamento. Sin duda se parecía a su madre.

—Ha quedado claro —asintió Rex—, de lo que sinceramente me congratulo. Hubiera resultado inquietante que esperaran recibir ayuda desde el otro mundo.

—¿Cómo ha podido suponer —preguntó Jimmy Claitte— que mi prometida, o su madre, sean capaces de creer que... que...? ¡Oh, es absurdo pensar algo así!

—Totalmente absurdo —asintió el doctor Carroll—. Como para echarse a reír.

En aquel momento sonó el teléfono.

Ringgg... ringgg... ringgg...

*

Todos se habían quedado tensos, envarados, como hechos de una sola pieza.

Sólo Rex Patmarr se permitió mover el cuello de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, mirándoles. Se dio cuenta de que todos sentían miedo.

Ringgg... ringgg.

Seguían sin moverse. Seguían tal como les había sorprendido el primer timbrazo. Sí, sentían miedo.

Quizá ni ellos mismos sabían exactamente de qué. Pero lo sentían. Metido en el cuerpo como un incontrolable escalofrío.

—No son muy valientes, ¿eh? —comentó Rex, importándole un comino que sus palabras pudieran o no molestarles.

Donna Massey fue la que se decidió a descolgar el auricular. Alguien tenía que hacerlo y ella era la hermana mayor. Además, que sin duda se trataría de alguna llamada sin la menor importancia. Suponer otra cosa era ridículo. Tan ridículo que le dio rabia ver cómo le temblaba la mano.

Pero su mano no llegó a coger el teléfono. Cuando iba a hacerlo la llamada se interrumpió.

Todos respiraron aliviados. Sin duda se había tratado de alguien que había marcado indebidamente. Era mejor así. Mucho mejor.

—Bueno, en Io que estábamos... —continuó diciendo Rex Patmarr, queriendo reemprender el hilo de la conversación.

Se detuvo, arrugando la nariz. Un horrible hedor había llenado el aire del salón. Un hedor fétido, pestilente, nauseabundo, que apenas podía soportarse.

—¡Qué olor! —exclamó Donna, sintiendo náuseas, notando que el estómago se le revolvía.

—¡Qué peste! —exclamó a su vez Carolyn, y se tapó las narices.

—¿De dónde puede llegar...? —inquirió Jane, quien a continuación alzó la voz y llamó—. ¡Anne! ¡Anne!

—Ni un cadáver en pura descomposición olería peor —opinó el doctor Carroll.

—Resulta repelente —terminó diciendo Jimmy Claitte.

Poco después llegaba Anne, pequeña y delgada, con el cabello muy blanco. Se presentó lo antes que pudo, lo que no es decir mucho pues los años le pesaban.

Por eso, desde hacía ya bastante tiempo, en la casa había una sirvienta joven, una rolliza muchacha de la localidad que trabajaba sin descanso y siempre sonreía. Esa rolliza muchacha tenía un novio, de nombre Bruce, que estaba de empleado en la estafeta de Correos.

Se presentó Anne en el salón y pareció asombrada de la actitud y de la expresión de los allí reunidos.

—¿Pasa algo? —preguntó con cara de quien no comprende ni poco ni mucho.

—¿No hueles...? —le amonestó Carolyn—. ¡Si aquí no se puede parar! Este olor es nauseabundo, repugnante. ¿De dónde demonios nos llega?

—No huelo nada —dijo Ia vieja Anne.

—No puede ser que no huelas nada —repuso Donna—. Este olor es pestilente, nauseabundo...

—No huelo nada —repitió la vieja Anne.

—¿Quiere tomarnos el pelo? —se enfadó Jimmy Claitte—. ¡Si todo esto está apestando!

—Anne padece anosmia —intervino el doctor Carroll—. Eso significa que carece de olfato.

—¡Ah! —exclamó Donna a guisa de disculpa.

—¿Pero de dónde puede llegarnos este olor, esta peste? —se indignó Carolyn.

—Lo mejor será —dijo Jennifer— abrir las ventanas para que se renueve el aire.

—Es lo más sensato que he oído desde hace un rato —dijo a su vez Rex Patmarr.

Abrieron de par en par las dos ventanas del salón. De este modo, sin duda, en poco tiempo el aire quedaría renovado.

Pero así que las ventanas quedaron abiertas, aun antes de que el fétido y nauseabundo olor desapareciera, sintieron la sensación de que las sombras de la noche se colaban dentro, acompañadas de la niebla, y que con esas sombras y con esa niebla llegaba colgada una extraña tensión, un angustioso interrogante.

Sin duda estaban demasiado nerviosos.

En realidad no había para tanto.

Pero en aquel momento sucedió lo que faltaba. Lo que faltaba para que los nervios se les pusieran de punta.

La luz se apagó.

Jane gritó de un modo histérico. En cuanto a Donna y a su hija se quedaron silenciosas, pero con la respiración jadeante. Tan jadeante que se les oía desde el otro extremo del salón.

—Debe tratarse de un fusible fundido —dijo Jimmy Claitte tragando saliva para aliviar en lo posible la súbita sequedad de su garganta.

—Voy a ver —dijo el doctor Carroll, y salió del salón.

Conocía la casa, así que la oscuridad reinante no fue impedimento para él.

Jennifer se había quedado donde estaba, ni tan nerviosa ni tan asustada como los demás. Pero hubiera preferido estar en otra parte.

Notó que alguien se colocaba a su lado y le preguntaba:

—Si quiere la abrazo y así no sentirá miedo.

Reconoció la voz de Rex Patmarr.

—No es necesario —le respondió—. Soy una chica valiente.

La luz se encendió. El doctor Carroll había de decirles instantes después que, en efecto, se trataba de un fusible fundido. Había podido arreglarlo con suma facilidad.

Sin embargo, la expresión del doctor Carroll no era de satisfacción, en absoluto. Volvió a hablar.

—En ese hedor fétido había algo horrible y frío... Frío y horrible como el hálito de muerte que pueda salir de una tumba...

Estas palabras no fueron lo peor.

Lo peor estaba por llegar.

Sonó de nuevo el teléfono.

Ringgg... ringgg...

*

Volvieron a quedarse tensos, envarados. De nuevo en sus cuerpos se había metido un incontrolable escalofrío.

—¿Respondo yo...? —preguntó Rex Patmarr, reparando en la indecisión de todos.

—No, no... —reaccionó Donna—. Lo haré yo.

Lo hizo, pero ahora, como antes, la mano le temblaba.

Pero en esta ocasión la llamada no se detuvo, así que se vio obligada a alzar el auricular, colocándoselo junto al oído.

—Diga...

Sonó muy clara la voz a través del hilo. Sonó tan clara y tan fuerte que obligó a Donna a apartar el teléfono de su oído.

—Estabais esperando mi llamada, ¿verdad? Perdonadme la espera...

¡Era la voz de Roberta!

No podía haber la menor duda. Unos y otros se miraron, asustados, estremecidos.

Como la voz sonó fuerte la habían oído todos.

Fue Donna, no obstante, quien vacilante y temblorosa tuvo que apoyarse en lo primero que encontró a mano.

—Soy Roberta... —dijo la voz—. Supongo que ya me reconocéis...

¡Cómo no iban a reconocerla! ¡Era su voz!

A Donna se le escapó un grito ahogado.

Jane no gritó. Se había quedado muerta de miedo.

El rostro de Carolyn se había vuelto de un lívido ceniciento.

El doctor Carroll se estaba pasando el dedo índice por el interior del cuello de su camisa.

Jimmy Claitte notó que le sudaban los sobacos.

—¿Eres tú... tú...? —Donna acertó finalmente a formular la pregunta.

—Os dije que os llamaría, ¿no? Y yo siempre he cumplido mis promesas.

¡Desde luego que era su voz! ¡La voz de Roberta! ¿Cómo era posible...?

Volvieron a mirarse unos a los otros. Parecían preguntarse si habían perdido la razón.

Sonó de nuevo la voz de Roberta. Una voz fuerte que se oía sin necesidad de pegar el oído al auricular.

—Tenéis que perdonarme... Me he movido demasiado aquí en el interior del ataúd y me parece que he desencajado la tapa. De ser así, temo que el olor de mi cuerpo en descomposición os haya llegado. Como el cementerio está cerca...

Donna apenas podía sostener el teléfono en el aire. Un temblor terrible sacudía su cuerpo.

Jane seguía sintiendo que el miedo la helaba. Más bien la congelaba, pues estaba como si la hubieran metido en una cámara frigorífica.

Carolyn desencajaba las pupilas. Fea de por sí, y gorda, parecía en esos momentos una marioneta grotesca, absurda.

Jimmy Claitte se sentía inundado de sudor. Ahora no sólo le transpiraban los sobacos, sino todo el cuerpo, incluso las palmas de los pies.

El doctor Carroll seguía pasándose el dedo índice por el interior del cuello de su camisa.

Volvió a oírse Ia voz inconfundible de Roberta.

—Voy a deciros dónde tengo escondidas las monedas de oro... O mejor dicho —se corrigió a sí misma—, voy a deciros quién sabe dónde las tengo escondidas. Pues bien, esa persona es... es... —vaciló apenas unos segundos—. Esa persona es Mónika, nuestra hermana pequeña. Bueno, nada más. Estoy cansada y no puedo seguir hablando. Necesito descansar y dormir, dormir...

Se calló la voz.

Donna siguió sosteniendo el teléfono en el aire, quizá esperando que la voz siguiera oyéndose. Pero Roberta no tenía intención de seguir hablando.

Al así comprenderlo, Donna dejó el teléfono en su sitio, en la horquilla. Con la otra mano seguía sujetándose no sabía dónde. Pero necesitaba un apoyo.

—Esto no tiene sentido... —fue el doctor Carroll el primero en hablar—. Esto no puede ser...

—Claro que no —dijo Jimmy Claitte.

— Alguien ha querido gastarnos una broma —repuso Carolyn.

—Sí, si... —asintió su madre.

Pero tanto Donna como su hija no estaban del todo seguras de lo que acababan de decir. En el fondo tal vez creían que aquello podía haber sido una alucinante realidad.

Jane no estaba en condiciones de calibrar la situación. El miedo la traspasaba de un costado al otro.

Por lo que respecta a Jennifer, desde que oyó la voz de la muerta había permanecido muda, incapaz de reaccionar. Sólo hizo una cosa, acercarse más a Rex Patmarr en un movimiento instintivo de autoprotección.

En cuanto a Rex Patmarr, consideró, ahora, llegado el momento de decir lo que pensaba.

—Este asunto no me gusta nada. Temo por la vida de… de… No sé de quién —puntualizó—. Pero, desde luego, por la vida de uno de ustedes…

—¿Por nuestra vida? —inquirió Donna, perpleja.

—Los muertos no llaman por teléfono —dijo Rex—. Lo que hace suponer…

—Era la voz de Roberta —afirmó Donna—. Pueden decírselo los demás, han podido oírla tan bien como yo. Pero, bueno, ¿qué supone usted, señor Patmarr?

—Alguien está pretendiendo algo. No puedo saber exactamente qué. Pero en esta casa hay una fortuna en monedas de oro, ¿no? Esto resulta, evidentemente, peligroso…

—Si enfocamos el caso con serenidad —repuso Carolyn—, quizá la cosa no sea como para dramatizar tanto. Si tía Mónika sabe dónde está el oro… Bastará preguntárselo, cogerlo, y… —pero no estaba muy convencida de lo que ella misma decía, así que .se quedó a medias.

—¿Debemos dar como buenas las palabras oídas a través del hilo telefónico? —preguntó Rex—, Eso significaría creer que Roberta les ha, ciertamente, telefoneado.

—Y esto es totalmente imposible —dijo Jane.

—Ha hecho alusión al olor que desprende su cuerpo descompuesto… — indicó Jimmy Claitte—. Se ha referido a que ese olor nauseabundo ha podido llegarnos… Y en efecto, hace muy poco… —tampoco él acabó con lo que estaba diciendo.

—Abreviando —subrayó Donna—, si Mónika sabe realmente dónde está escondido el oro… Eso nos ahorraría la búsqueda y…

—Yo de vosotras —advirtió el doctor Carroll— me largaría de aquí Io antes posible. Pero no, ya sé que no vais a hacerme caso.

—Estoy con usted —repuso Rex Patmarr—, de nada servirá hablarles en ese sentido. Se quedarán y harán frente a lo que sea.

CAPITULO IV

Donna y Jane estaban obsesionadas con la idea de encontrar las monedas de oro. Por lo que, de un modo inconsciente, no quisieron seguir pensando en lo sucedido.

Lo lógico hubiera sido preguntarse, una y otra vez, todas las veces que fueran precisas, quién se escondía tras todo aquello y qué pretendía verdaderamente. ¿O acaso los muertos hablan desde el Más Allá?

Pero Donna y Jane cerraron la mente a toda posible deducción y se dedicaron única y exclusivamente a lo que pretendían lograr.

Sin embargo, pronto se convencieron de que no iban a tenerlo tan sencillo como en un principio se habían imaginado.

Fueron al manicomio a visitar a Mónika, pero ésta les recibió tímida, medrosamente, casi como si se sintiera asustada ante la presencia de sus hermanas.

Le preguntaron dónde estaban las monedas de oro y Mónika, llevándose el índice a los labios, y tras asegurarse de que nadie les oía, les dijo sigilosamente que sabía dónde estaban escondidas, pero que de momento prefería guardarse el secreto para sí.

Como no vieron el modo de sacarle lo que sabía, a Donna y a Jane no se les ocurrió otra cosa mejor que preguntar al director del establecimiento si podían llevarse a Mónika con ellas.

—Ahora está mucho mejor —dijeron—. La hemos encontrado muy mejorada...

Convencieron al doctor, por lo que Mónika pudo salir de allí. Y salió contenta, muy contenta. A ella nunca le había gustado el manicomio.

Al verla llegar a la casa, Rex Patmarr no hizo comentario ninguno. Se limitó a observarla.

—Me gustaba tanto mi dormitorio... —evocó Mónika—. Con la ventana orientada hacia las luces de la localidad... Con el armario grande, de tres cuerpos, donde cabían todos mis vestidos. Con la cama blanda, cómoda, cubierta con una colcha hecha de ganchillo... Todo sigue igual, ¿verdad que sí?

—Exactamente igual —repuso Jane—, Esperando que te pusieras buena y regresaras...

Donna fue en busca de la vieja sirvienta de la casa. Le dijo que arreglase la habitación de Mónika, esforzándose por dejarla tal y como estaba antes, veinte años atrás, cuando la interesada fue internada en un manicomio.

—Mónika ha dicho que en la cama había una colcha hecha de ganchillo... —Donna le puso al corriente de este pormenor.

—Sí, es cierto —asintió Anne.

—Procura que no eche nada a faltar. Debe sentirse a gusto aquí, entre nosotras.

La noche antes, Rex Patmarr no tuvo ocasión de ver cómo era la casa.

Al llegar, cruzó el vestíbulo y fue directamente al salón. Estas dos estancias sí las vio. Después de los sustos habidos, pasó, con Jimmy Claitte, al comedor, donde tomaron una cena ligera, aunque abundante si se tenía presente que las mujeres de la casa no probaron bocado. El comedor, en consecuencia, también lo vio. Pero de ahí pasó directamente, a eso de medianoche, al dormitorio que le fue destinado.

Dicho dormitorio era amplio, de muebles viejos, pero sólidos, con una cama de matrimonio en la que durmió casi ocho horas. Si bien durmió con el sueño ligero, como era costumbre en él.

Fue al día siguiente, al poco de levantarse y de desayunar, cuando Rex Patmarr expuso a Carolyn su deseo de conocer la casa. Se dirigió a la jovencita puesto que su madre y Jane acababan de salir. Luego se enteraría de que habían ido al manicomio.

Carolyn, más simpática que la noche antes y evidentemente menos asustada a la luz del nuevo día, le enseñó todos los dormitorios, que eran muchos, y le enseñó el desván, que era una pieza amplísima, y ya en la planta baja le mostró las estancias que aún no conocía, incluida la cocina. Todo grande, enorme, y por descontado bastante destartalado.

Lo único que Carolyn no quiso mostrarle fue el sótano.

—Es ahí —le dijo— donde la vieja Anne asegura que vio meterse a tía Roberta... Todavía —añadió— no nos hemos atrevido a entrar...

—Todo se andará —repuso Rex, limitándose a este breve comentario.

—¿Cuánto hace que salí de aquí...? —había de preguntar Mónika no mucho después—. Debe hacer ya un año...

Hacía casi veinte. Ella tenía poco más de quince cuando perdió la razón por culpa de aquel hombre que tan despiadadamente se burló de ella.

—Entonces tenías quince años, Mónika —dijo Donna—. Ahora tienes ya treinta y cinco. Pero sigues siendo nuestra querida y pequeña hermana.

Mónika no pareció dar importancia a lo oído. Posiblemente no terminó de hacerse cargo de lo que aquella respuesta significaba. Se limitó a comentar.

—Ahora seré feliz aquí. Muy feliz...

—Y nada te faltará —añadió Donna— porque vamos a ser muy ricas... Como nos dirás donde están escondidas las monedas de oro...

Porque, ¿verdad que nos lo dirás?

Mónika no respondió. Estaba con la mirada clavada en uno de los cuadros del salón. Allí surgía un paisaje campestre, con una montaña, un bosque y un río.

Sin decir por qué, se echó a reír.

*

No habían conseguido que Mónika les dijera nada.

Era ya de noche.

Una noche oscura, muy oscura, entre cuyas negras sombras sólo destacaba como una masa más clara la niebla que cada vez parecía hacerse más densa.

—Estoy cansada —dijo Mónika a media cena—. Voy a ir a acostarme.

—Buenas noches —le respondió Jane.

—Que descanses a gusto —agregó Donna.

Cuando Mónika estuvo ya en el piso superior, acompañada de la vieja Anne, Carolyn se permitió el siguiente comentario:

—No creo que nos lo diga nunca....

—Hoy es su primer día aquí —fue la respuesta de su madre—. Te impacientas demasiado aprisa, hija mía.

—Hay que tener un poco de paciencia —intercaló Jimmy Claitte, dando la razón a su futura madre política.

—Yo creo —observó Jane— que debiéramos atrevernos a... a... —se quedó sin decirlo.

—¿A qué debiéramos atrevernos? —preguntó Donna, aunque de antemano sabía la respuesta.

—A echar una ojeada al sótano. Puede que las monedas de oro estén escondidas allí. Sin duda lo están.

—Todo cabe —intercaló Jennifer—. Pero si Mónika nos lo va a decir antes o después, ¿a qué aventurarnos a... a...? —a su vez se quedó sin concluir la frase.

—¿Y quién nos asegura —inquirió Donna— que Mónika lo sepa? No tenemos certeza de ello.

—Ante todo —repuso Rex Patmarr—, yo de ustedes me pondría de acuerdo. ¿Van o no van a considerar válida la llamada telefónica...?

—Los muertos no hablan —sentenció Donna tras parecer que se lo pensaba un poco.

—No, claro que no —aceptó Jane.

—En tal caso —observó Rex Patmarr—, no hay por qué suponer que sea cierto lo que esa voz les dijo...

—Creo que sería mejor —subrayó Donna— que nos dejáramos de reflexiones y fuéramos al sótano. ¿Por qué no?

—Estoy de acuerdo —dijo Jane. Pero los ánimos no respondían del todo a sus deseos, así que se volvió hacia el detective que había contratado—. ¿Qué te parece a ti, Rex?

—Si se deciden a bajar al sótano —respondió el aludido, y miró también a Donna, y a los demás— yo les acompañaré.

—Bien mirado —manifestó Donna, al parecer queriendo convencerse de ello— nada podemos perder.

—El doctor Carroll dice —recordó Carolyn— que nada podemos ganar. No es lo mismo. Es todo lo contrario.

—El doctor Carroll está en su casa —repuso Jane—. No lejos de aquí, pero en su casa. No estamos obligados a tener en cuenta su opinión. Sí, es cierto que es un buen amigo de la familia, pero...

En aquel momento se oyó que alguien llamaba a la puerta, el ruido del aldabón sonó fuerte.

No eran horas de visita y se mostraron un poco sorprendidos.

La joven sirvienta fue a abrir. Rolliza y sonriente como siempre. Tal vez pensaba que podía ser Bruce, su novio.

Se encontró con un hombre de unos cuarenta y tres años, de buena figura y atractivo rostro.

—Deseo ver a la señorita Mónika Massey —dijo.

—¿De parte de quién...? —preguntó la joven sirvienta.

—De un amigo.

La joven sirvienta le rogó que esperara un poco, dirigiéndose seguidamente al comedor. Una vez allí anunció que tenían visita. Dijo de quién se trataba.

—¿De un amigo de Mónika? —se extrañó Jane.

—¡Qué raro! —exclamó Carolyn.

—¡Y tan raro! —corroboró Donna, quien tomó la decisión de saber a qué atenerse—. Dígale que pase.

Cuando el hombre penetró. Donna y Jane se quedaron sin dar crédito a sus ojos. A pesar de los años transcurridos habían reconocido perfectamente al visitante.

Era Paul Pitts.

Era el hombre que enamoró a Mónika y luego la dejó plantada, burlándose despiadadamente de ella.

—¿Usted...? —se indagó Donna, levantándose de un brinco—. ¿Cómo se atreve a presentarse aquí después de su vergonzoso comportamiento, después de todo el mal que nos hizo?

Paul Pitts no se alteró. Como es natural ya se esperaba un recibimiento poco entusiasta. Tras asegurarse de que Mónika no estaba presente, y con una sonrisa auténticamente cínica, respondió:

—He llegado a Reedsson y acabo de enterarme... Mónika está de nuevo en esta casa, y no sólo eso, ella es la única que sabe verdaderamente donde está escondida una arqueta repleta de...

—¿Cómo ha podido enterarse? —barbotó Carolyn—, ¿Quién se lo ha dicho?

—¿Qué importancia puede tener quien me lo haya dicho? —seguía la sonrisa cínica en sus labios—. Lo que cuenta es que lo sé... Y quiero que no se llamen a engaño, no me marcharé sin haber visto de nuevo a Mónika... Estoy seguro —agregó— de que me perdonará y de que volveremos a querernos...

—¿Cómo —se exasperó Jane—, viene dispuesto de nuevo a...?

—Las buenas ocasiones —Paul Pitts la había interrumpido— hay que saber aprovecharlas. Y ésta es inmejorable, ¿no creen ustedes? Ha estado internada veinte años en un manicomio, no lo ignoro. Pero si ha salido es que ya está curada, ¿no?

—¡Váyase de esta casa ahora mismo! —exclamó Donna—. ¡Váyase y no vuelva!

—¿Dónde está Mónika? —quiso saber Paul Pitts.

—Se ha ido a acostar —repuso Jane—. Estaba cansada, tenía deseos de dormir.

—¡Le he dicho que se vaya ahora mismo! —exclamó Donna—. ¡No me obligue a repetírselo!

—Bueno, me iré —dijo Paul Pitts—, pero tenga la seguridad de que mañana volveré. Hasta entonces.

Dio media vuelta, dirigiéndose hacia la puerta de salida. Instantes después ya no estaba en la casa.

— Ese hombre es todo cinismo... —comentó Jimmy Claitte.

—Sigue tan seguro de sí mismo como siempre —dijo Donna.

—No nos interesa que vuelva a ver a Mónika —opinó Jane.

Luego, ya muy tarde, al filo de la media noche, Donna se dirigió a los demás.

De nuevo volvían a estar juntos en el salón.

—Nadie dice de ir a dormir —repuso—. Por lo visto ninguno de nosotros tiene sueño. ¿Y si fuéramos ahora al sótano...?

—No es mala idea —dijo Carolyn—, En lo mismo estaba pensando yo.

—Y yo —reconoció Jane.

Cuando se trataba de las monedas de oro siempre estaban de acuerdo. No fallaba.

CAPITULO V

Antes de abrir la pequeña puerta del sótano, Donna y Jane sintieron que la piel se les ponía de gallina.

¿Y si allí, como aseguraba la vieja Anne, se había escondido Roberta? No, no era posible que el cuerpo sin vida de Roberta hubiera conseguido huir del cementerio.

Pero si Roberta estaba muerta, ¿cómo explicarse que les hubiera telefoneado? Porque lo había hecho. Era su voz. No podía ser otra.

Valía más no pensar en todo ello. Si lo hacían se acobardarían y no se atreverían a seguir adelante.

—No debemos vacilar... —dijo tras ellas Carolyn, sin duda dispuesta a seguir a su madre y a su tía Jane.

La vieja Anne estaba allí, en la cocina. Se limitó a mirarlas y a decir:

—Hace años que no entra nadie en el sótano.

—¿Está segura? —le interpeló Jimmy Claitte, no muy convencido de lo que acababa de oír.

—Sí —aseguró Anne—. Bueno... —puntualizó—, poco después del entierro entró Roberta. Ya lo dije...

—¿Viene usted con nosotros? —quiso saber Rex Patmarr, y se dirigió a Jimmy Claitte.

—Naturalmente.

—Puesto que van a ir todos —sonó a medias la voz de Jennifer— no puedo dejar de hacerlo yo.

—¿Quién va a ir delante? —preguntó Jane, indudablemente sintiendo bastantes reparos en ser la primera.

—Puedo abrir la marcha yo —dijo Rex Patmarr, sin miedo a lo que pudiera surgir allí abajo.

—Me parece muy bien —repuso Jane—. Los hombres sirven más para según qué cosas.

Abrieron la puerta del sótano. La llave estaba allí mismo, colgada de un clavo. No hubo dificultades.

La puerta gruñó. A sus bisagras les faltaba aceite, estaban oxidadas, enmohecidas. El gruñido fue largo, quejumbroso.

La verdad es que a más de uno le hizo quedarse como paralizado. Pero sólo por unos segundos, claro. Siguieron adelante en cuanto comprendieron que se habían sobresaltado sin motivo.

Pasaron al descansillo, desde el que arrancaban los peldaños descendientes. Dieron al interruptor de la luz.

Y la luz, allá abajo, en mitad del sótano, se encendió. Pero sólo se encendió una bombilla, la cual pendía de un cable que en aquellos momentos se movía, oscilaba... Su claridad resultó tan insuficiente

que puede decirse que aquello quedó casi tan a oscuras como antes.

Pero, ¿por qué se movía, por qué oscilaba el cable del cual pendía la bombilla encendida? ¿Acaso había alguien allí dentro?

La pregunta se la hicieron todos. No pudieron menos de hacérsela.

Una extraña angustia empezó a subir y a bajar por el pecho de Jane.

Jimmy Claitte mostraba evidentes signos de tensión en su rostro.

La atmósfera fría y húmeda convertía en vaho la fuerte respiración de Donna y de su hija.

Jennifer se había colgado del brazo de Rex Patmarr. De otro modo no se hubiera visto capaz de soportar aquello.

—No pasa nada —dijo Rex Patmarr—. Podemos seguir adelante.

Terminaron de descender los peldaños, encontrándose ya en el amplio sótano. Donde abundaban los toneles vacíos, y algunos llenos, y los sacos viejos, y las herramientas en mejor o peor estado, palas, picos, una guadaña. También había tablones y cajas de madera. Todo ello en completo desorden.

Pero lo que había por todas partes era polvo y telarañas. Sobre todo telarañas. Había tantas que apenas se avanzaba dos pasos, uno se quedaba atrapado por sus sutiles hilos, que entrecruzándose una y otra vez se convertían en auténticas cortinas.

Se llegaba pronto a la conclusión de que la vieja Arme no debía haber exagerado lo más mínimo al decirles que hacía años que nadie entraba allí.

Sin embargo, había que fijarse bien.

Por uno de los lados parecía como si alguien hubiera dejado abierto, expedito, un paso.

En esto reparó Rex Patmarr, por lo que prefirió no aventurarse por allí. Para hacerlo ya habría tiempo. De momento prefería seguir su propia iniciativa.

Los que le seguían terminaron dispersándose por uno u otro lado. Cada uno según les dio. Pero Jennifer siguió cogida de su brazo.

Carolyn se había separado de su madre. Deseaba ser ella la que encontrara la arqueta repleta de monedas de oro.

No obstante, apenas avanzó una docena de pasos en la dirección que le pareció más oportuna, se detuvo en seco. Un agudo y prolongado grito salió de su garganta y rasgó la semioscuridad del sótano. La rasgó como si su voz estridente hubiera sido un afilado cuchillo.

Acababa de ver a su tía Roberta. Estaba allí, en una esquina, entre telarañas. Permanecía de pie, mirándola del mismo modo que si le reprochara algo muy grave.

—¿Tú… tú…? —balbuceó Carolyn—. No puedo creerlo…

Apenas consiguió articular estas palabras. El terror hacía palpitar

violentamente sus venas y éstas apretaban, agarrotaban, casi inmovilizaban sus cuerdas vocales.

Roberta no contestó, pero siguió mirando a su sobrina del mismo modo. Le reprochaba algo. No cabía suponer otra cosa.

Carolyn se puso a temblar como si fuera una enferma epiléptica que empezara a sentir los síntomas de un nuevo ataque.

—¿Cómo... cómo conseguiste salir del ataúd... y llegar de... de nuevo hasta aquí...? —preguntó con la saliva tan espesa que apenas la podía tragar—. ¿Acaso sigues viva aunque en realidad estás muerta...? —y repitió, fragmentando las palabras—: ¿A...ca...so... si...gues... vi...va...?

*

Instantes antes, Donna y Jane habían decidido ir hacia el otro extremo del sótano. ¿Donna había decidido acompañar a Jane, o Jane había decidido acompañar a Donna? Lo cierto es que una no se fiaba de la otra.

Avanzaron despacio, con cautela. Con miedo a lo que podía depararles lo imprevisible.

Por lo demás, no había modo de avanzar aprisa. Las telarañas parecían empeñadas en interceptarles el paso.

Pero se fueron abriendo paso entre ellas y entre el polvo que estaba ensuciando lamentablemente sus vestidos.

De súbito, ambas se quedaron inertes, como si una mano helada, gélida, les hubiera aferrado, aprisionado, imposibilitándolas de todo movimiento.

La sangre se heló en el interior de sus venas y el cabello lleno de polvo pareció ponérseles de punta.

Habían visto un tonel en distinta posición que los demás. Se habían acercado para mirar en su interior.

¡Metido en el tonel, acurrucado en el fondo del mismo, se hallaba Paul Pitts! ¡Y el tonel estaba lleno de vino, tan lleno que su líquido se desparramaba!

Donna y Jane se quedaron con los ojos desorbitados.

Primero gritó la una.

Luego gritó la otra.

Pero gritaron sin voz, ahogadamente. El terror experimentado no les dio opción a otra cosa.

Paul Pitts seguía en el fondo del tonel, cubierto de vino.

*

En ese preciso momento es cuando se oyó el agudo y prolongado

grito de Carolyn. El de ésta sí se oyó perfectamente. Retembló siniestramente entre las viejas paredes del sótano.

Así que Rex Patmarr y Jennifer, y asimismo Jimmy Claitte que no andaba lejos, se dirigieron hacia allí, hacia donde había sonado la voz de la muchacha. Quizá estaba necesitando ayuda.

En aquel momento extendía sus dedos temblorosos, muy temblorosos, hasta traspasar las telarañas y llegar a rozar el rostro de su tía Roberta.

Aquel contacto la estremeció hasta la médula de los huesos. Aunque al mismo tiempo la hizo respirar aliviada, pues fue un contacto fino, suave, pero ficticio e irreal.

Lo que le hizo comprender porque tía Roberta seguía mirándola de aquel modo, sin alterar en absoluto su expresión.

No se trataba de tía Roberta, aunque en principio todo hubiera hecho suponerlo así. Aquello sólo era una máscara de cera.

Perfectamente lograda, eso sí. Las facciones de tía Roberta habían quedado exactas.

El resto era un cuerpo de trapo al que habían colocado un vestido de la propia interesada. El efecto había quedado sobradamente logrado. Cualquiera hubiera caído en el engaño.

—¿Qué sucede...? —Rex acababa de llegar allí.

—¡Tía Roberta! —se sofocó Jennifer, y se llevó las manos a la boca, ahogando un gemido.

Jennifer acababa de ver, a través de las telarañas, el cuerpo de trapo y el rostro de cera.

También lo había visto Rex. Sin embargo, el joven se dio cuenta al acto de que aquél no era un ser vivo, ni tan siquiera un ser muerto. Era sólo una figura inanimada. Su lugar idóneo hubiera sido un museo de cera.

—Es sólo una muñeca grande —dijo Rex Patmarr.

—Oh... sí... sí... —asintió Jennifer, percatándose de que era así en efecto.

—¿Quién ha podido colocarla aquí? —preguntó Carolyn, de momento más desconcertada que otra cosa—. Y quien sea que lo ha hecho, ¿qué ha pretendido?

Jimmy Claitte también se había tragado el anzuelo. La prueba, que ver aquella aparición y ponerse pálido, lívido como un muerto, todo fue uno.

Se tranquilizó, no obstante, así que se dio cuenta de que Rex Patmarr tenía razón. Sólo se trataba de una muñeca grande.

—¿Pero quién... quién...? —inquirió. Pero las palabras se le atrabancaban. Finalmente dijo—: Es una broma de muy poco gusto...

—Preguntaremos a Anne —dijo Rex—. Aunque será inútil, perderemos el tiempo —dedujo seguidamente—. Ella dirá que no sabe

nada.

—¿Y supone usted que si sabe...?

Rex no había de responder. Algo anormal sucedía al otro extremo del sótano. Más que oír nada, lo intuyó.

—Donna y Jane están por ahí... —apuntó.

Se apresuraron a seguirle.

Nada les había pasado a las dos hermanas, y pudieron constatarlo así en cuanto dieron con ellas. No obstante, el rostro de ambas expresaba horror. Un horror que, desbordado, salía de sus agrandadas y dilatadas pupilas.

Carolyn fue la primera en darse cuenta de que había alguien metido en aquel tonel lleno de vino. Pero Carolyn creyó que se trataba de un nuevo cuerpo de trapo con un rostro de cera. Así que dijo:

—Ahora el muñeco imitaba a Paul Pitts...

Rex Patmarr echó una ojeada al interior del tonel, reparando en la espeluznante y sobrecogedora crispación del hombre que se hallaba allí metido. Reparó también en el terror infinito de aquellos ojos que se habían quedado tenebrosamente abiertos. No, no era un nuevo muñeco como Carolyn había supuesto.

—Esto va en serio... —repuso Rex.

Poco después sacaba el cuerpo de Paul Pitts del interior del tonel. Un cuerpo cuyos cabellos y ropas chorreaban vino. Un cuerpo que estaba ya frío.

Le dejaron en el suelo. Sólo entonces Rex vio que la mano del muerto apretaba, sujetaba algo.

—¿Qué es eso...? —preguntó Jane.

Acababa de ver como Rex se inclinaba hacia la mano del muerto, abriéndole los dedos y desprendiendo de ellos lo que tan fuertemente apretaba.

—¿Qué es eso...? —inquirió a su vez Donna.

Jennifer gimió, mientras notaba que su cuerpo se convulsionaba bajo el vestido.

Acababa de reconocer la pequeña cruz de plata.

La última vez que la vio estaba entre las manos de tía Roberta, dentro del ataúd. Instantes después la tapa del ataúd fue cerrada.

—No... no es posible... —gimió de nuevo.

CAPITULO VI

Era la segunda visita que les hacía el inspector de policía.

Seguían los interrogatorios, aunque nada positivo estaba sacando de ellos. Posiblemente, todo hay que decirlo, porque ninguno colaboraba para que las cosas se aclararan.

Que se aclararan demasiado parecía no interesar a nadie.

Había un asesino. Paul Pitts había muerto ahogado en vino y no podía pensarse que él solito se había caído en el interior del tonel. Además, que en su frente mostraba un dilatado hematoma. Alguien le había dado un fuerte golpe, privándole del conocimiento. Luego debió ahogarle con facilidad.

Si había un asesino, lo lógico era suponer que ese alguien era de la casa. Aunque podía ser un extraño, todo resultaba factible.

Pero de ser de la casa, ¿de quién resultaba razonable desconfiar en mayor medida...? La respuesta no se hacía esperar. De Mónika. De una mujer que tenía perturbadas sus facultades mentales.

Pero no, Mónika quedaba al margen de toda sospecha. Sus hermanas Donna y Jane aseguraron al inspector que cuando Mónika dejó la cena a medias y se fue a dormir, ellas, primero una y luego la otra, fueron a velar su sueño. Querían estar seguras de que no se despertaba sobresaltada.

Donna y Jane se pusieron de acuerdo para mentir.

De no hacerlo, y si Mónika era recluida de nuevo en un manicomio, ¿qué iba a ser de ellas? ¿Cómo averiguar entonces dónde estaban las monedas de oro?

Jimmy Claitte secundó sus mentiras. Su finalidad era la misma, que las monedas de oro aparecieran de una vez.

Rex Patmarr pudo decirles que no tergiversaran la ya complicada situación, pero no lo hizo. Había sido contratado por Jane y bien mirado debía complacer a su cliente. Por lo demás, que con la verdad por delante no sabía si todo iría mejor o no.

Por cierto, Mónika era ahora una mujer aseada, bien peinada, esmeradamente vestida. De la noche a la mañana se había convertido en la chica presumida que era a los quince años.

Pudieron contarle al inspector, asimismo, lo referente a Roberta y al teléfono que le pusieron en el ataúd obedeciendo su última voluntad. Como pudieron decirle que la pequeña cruz de plata que había aparecido agarrada por la mano derecha de Paul Pitts era la misma que...

Tampoco le dijeron que Roberta les habló por teléfono, al parecer desde el Más Allá. También se callaron lo del olor pestilente que les llegó, de nuevo al parecer, desde el interior del ataúd que encerraba

el cadáver de Roberta Massey.

La vieja Anne por su parte pudo añadir algo y desmentir más de una cosa de las que había oído, pero también se abstuvo de hacerlo. Quizá deseaba seguir en la casa y comprendió que hablar demasiado no había de beneficiarla en ese sentido.

En cuanto a la joven sirvienta de la casa, dijo que ella no sabía nada de nada. Ella se limitaba a trabajar, a cumplir con su obligación.

Su novio, Bruce, un muchacho de mediana estatura, delgado, que también fue interrogado, respondió que él rara vez visitaba la casa.

El inspector también interrogó al doctor Carroll. Pero éste, comedido, indeciso, casi medroso, se había limitado a hacer constar que aquélla no era su casa. Sólo era la casa de una de sus pacientes, desgraciadamente ya fallecida.

Y en fin, lo dicho, que ninguno de los presentes colaboró y el inspector tuvo que salir de aquella casa, por segunda vez, sin tener la pista que buscaba.

Fue entonces cuando Rex Patmarr pensó que debía ser él quien interrogaba a los allí reunidos. Con mayor o menor discreción, pero debía hacerlo. El asesino tenía que ser descubierto. Antes de que volviera a actuar.

Sin embargo, fue el doctor Carroll quien empezó con preguntar que, dicho sea de paso, no terminaron de caer nada bien.

—¿Habéis sido sinceras con el inspector...? —y miró a Donna, la hermana mayor—, ¿No le habéis engañado en nada...? —y miró ahora a Jane, a la hermana rubia y llamativa—. Yo acabo de llegar, no sé cómo ha ido el interrogatorio. Debía pensar —agregó— que todo este asunto se ha complicado demasiado...

Donna y Jane habían arrugado el entrecejo. Pero terminaron esbozando una sonrisa y asegurando que nada importante habían ocultado al inspector.

Rex consideró que era el momento de intervenir. Así que se metió en la conversación.

—Le veo asustado, doctor Carroll. Sin duda por algún motivo especial...

—Ha habido un muerto —dijo el aludido—. ¿Le parece a usted poco?

—No es que me parezca poco —repuso Rex—, pero opino que esa muerte a usted no ha debido importarle mucho. Hay algo más, y creo que es ese algo lo que en realidad le tiene tan agitado.

—Sí, es cierto —admitió el doctor. Había de ampliar, si bien antes de hacerlo necesitó respirar hondo—. El teléfono dentro del ataúd, la llanada de Roberta... Antes de eso, el olor nauseabundo que nos llegó... Todo eso hace que uno se asuste...

—Si añadimos que Roberta, convertida en una muñeca, con el

rostro de cera, nos esperaba en el sótano… —añadió Rex—. Y si recordamos que la vieja Anne aseguró verla allí, al regreso del entierro… Sí, francamente, no me extraña que todo eso le asuste un poco…

—Más que un poco —y el doctor Carroll preguntó seguidamente —: ¿Habéis dicho al inspector… —en esta ocasión miraba también a Carolyn, y a su novio— lo del teléfono en el ataúd, lo de la llamada…?

—¡Claro que no! —exclamó Donna—, Todo eso no son más que tonterías. Se hubiera reído de nosotros.

—Que obedeciéramos la última voluntad de Roberta —puntualizó Jane— no quiere decir que demos validez a…

—Si no se le dio validez a esa llamada telefónica —hizo hincapié en ello Rex Patmarr—, ¿por qué está ahora aquí Mónika?

—Yo deseo decirle una cosa, señor Patmarr —repuso el doctor Carroll—. No sé por qué, pero usted me inspira confianza, y eso que los representantes de Jane siempre me han caído mal, pésimo. Pero usted es distinto.

—Dígame lo que sea —Rex le animó a proseguir.

—Yo pude evitar, hace veinte años, que Mónika fuera internada en un manicomio. Pero en lugar de evitarlo, lo consentí, no luché por impedirlo. Creo que Roberta, que adoraba a su hermana pequeña, nunca me lo perdonó.

—¿Y…? —inquirió Rex.

—Mucho me temo —dijo el doctor Carroll— que Roberta se vengue de mí… Yo creo que se vengará de cuantos nos portamos mal con Mónika. Dese cuenta, señor Patmarr, la primera víctima ya señala el camino… La primera víctima ha sido Paul Pitts, el hombre que enamoró a su hermana y luego la abandonó…

—Por lo que dice —observó Rex—, parece usted creer que Roberta no esté realmente muerta.

—Yo mismo certifiqué su muerte —afirmó—, y no cabe suponer que me equivocara. De todos modos…

—Todos le escuchamos con suma atención —aseguró Rex.

Esto era cierto. Las miradas de Donna, de Jane, de Carolyn, e incluso de Jennifer estaban fijas en él. También la de Jimmy Claitte.

—De todos modos… —prosiguió el doctor Carroll—, siento como si el aliento de Roberta me diera en la cara. Y cuando una persona alienta es que aún está con vida, ¿no es eso?

—Sin lugar a dudas. Pero usted está asustada y en estas condiciones no suele razonarse bien. Yo de usted, doctor Carroll, me tranquilizaría, esto lo primero.

—¿Usted no está asustado? —interrogó el doctor.

—En absoluto —respondió Rex, con absoluta tranquilidad—. Por

lo que yo, tranquilo, sereno, me inclino más a sospechar de... de... —y lo soltó de pronto—, de uno de ustedes.

—¿Acaso de mí? —inquirió Donna.

—¿De mí tal vez...? —se sorprendió Jane—, Pero si yo... yo he sido quien... quien le ha contra...

Se había puesto tan nerviosa que no le importó decir a los allí reunidos que Rex Patmarr no era en realidad su representante sino un detective privado al que había contratado.

—Puede que esté sospechando de mí, ¿no es eso? —quiso saber Jimmy Claitte.

—Quizá se ha referido a mí... —apuntó Carolyn.

—Al decir que sospecho de uno de ustedes —aclaró Rex—, he querido referirme a cuantos viven bajo este techo.

—¡Ah! y Donna parecía más tranquilizada.

—¡Ah! —y Jane también se tranquilizó.

—Sospecha de la vieja Anne, es lo que ha querido decirnos, ¿verdad? —preguntó Carolyn.

—A la edad de Anne no creo que sea posible coger el cuerpo de un hombre y meterlo en un tonel de vino —Ia respuesta de Rex no se hizo esperar.

—Pudo ayudarla la joven sirvienta —indicó Jimmy Claitte.

—Cabe esa posibilidad —aceptó Rex—, Claro que sí. ¿Pero qué razones iban a tener ambas para cometer ese crimen? Ninguna. Por el contrario, ustedes, uno de ustedes... Existen las monedas de oro. Que Paul Pitts haya muerto no les ha perjudicado nada, todo lo contrario.

—Volvemos —dijo Donna— a que quizá está sospechan do de mí.

—O de mí —repuso Jane.

—Tal vez de la más joven —observó Carolyn—. Y ésta soy yo.

Jennifer había permanecido callada hasta aquel momento. Ahora intervino.

—Yo no tengo móvil. Las monedas de oro, cuando aparezcan, si es que aparecen, no serán para mí. A mí no me corresponde nada de ese dinero.

—Tampoco a mí —dijo el doctor Carroll—. Yo tampoco tengo móvil.

*

Había rogado a la muchacha que saliera a dar un paseo con él por los alrededores.

—Aún no es de noche, Jennifer —le dijo—. Tenemos tiempo.

—Encantada, señor Patmarr.

—Me llamo Rex...

—Encantada, Rex.

Los alrededores no tenían excesivo encanto. Hierbas, matorrales y algunos árboles. Esto era todo.

Pero Rex había buscado la ocasión de hablar a solas, confidencialmente, con la muchacha. Estaba convencido de que dialogando con ella llegaría a conclusiones válidas.

Además, que le gustaba la idea de ir al lado de la muchacha, paseando juntos, como una pareja de novios.

—¿Qué quiere preguntarme? —Jennifer había sacudido su larga cabellera oscura.

—Si no ha de molestarle... —dijo Rex, mientras reparaba con agrado en su alta y espigada silueta.

—No, no me molesta —respondió ella—. Pregúnteme lo que quiera. Y ojalá pudiera ayudarle en algo, la verdad es que todo esto me gusta cada vez menos.

—Me hago cargo. Por eso he llegado a la conclusión de que usted, Jennifer, podría ser una buena aliada mía.

—Será un placer —sus preciosos ojos verdes no rehuían la mirada del detective—. Bueno, pregunte de una vez.

—Hay una evidente relación entre la muerte de Paul Pitts y esas monedas de oro. Partiendo de esta base, ¿de quién le parece más lógico sospechar? Ya sé —se anticipó a la posible respuesta de la muchacha— que se trata de enjuiciar a su familia. Aun así, le ruego que me diga lo que piense...

—Yo no desconfío de nadie —dijo Jennifer—. Tampoco de tía Mónika, esto por descontado. Tiene perturbadas sus facultades mentales, pero siempre ha sido una loca inofensiva. —Había de añadir, tras una pausa—. Mi madrastra es una buena persona, aunque su gesto altivo pueda hacer suponer otra cosa. Conmigo siempre se ha portado muy bien. Le juró a mi padre que me cuidaría como si fuera su propia hija y lo hizo. Luego volvió a casarse, es cierto, y tuvo a Carolyn. Claro, desde entonces ha repartido su cariño entre las dos y la mayor parte no ha sido para mí, pero eso es lógico.

—AI morir su segundo marido, se lo dejó todo a Carolyn, ¿no es eso?

—Sí, en efecto. Le reprochaba a Donna lo ambiciosa, lo materialista que era.

—¿Y Io era?

—Sí; y lo sigue siendo. La verdad es —le explicó— que no se hubiera casado por segunda vez a no ser porque el candidato era rico. En realidad ella en su vida sólo ha amado a mi padre. Pero creyó que le convenía ser una mujer rica y cedió a los deseos de matrimonio de aquel hombre. Pero a través de los años ese hombre se dio cuenta de su indiferencia, de su desamor, y sintiéndose enfermo quiso darle su merecido, así que no le dejó nada.

—Pero se lo dejó todo a Carolyn, a la hija de ambos. Para el caso viene a ser lo mismo, ¿no le parece?

—No, no es lo mismo. De ser Donna Ia dueña de ese dinero, ahora podría controlar mejor a su hija, diciéndole a qué hombre debía aceptar y a quién no, y obligándole a obedecer a riesgo de desheredarla. Pero el dinero es ya de Carolyn, sólo le falta cumplir la mayoría de edad para poder disponer de él, así que…

—Creo entender, por lo que acaba de decirme, que Jimmy Claitte no es del agrado de Donna.

—No.

—¿Por qué…?

—Se casa por el dinero de Carolyn. Lo único que pretende es vivir sin trabajar. A pesar de eso, a mí me consta que Jimmy no es un mal chico, y la hará feliz.

—¿Y Carolyn? —preguntó Rex—. ¿Qué opina la propia Carolyn de su madre y de su novio?

—Está enamorada de Jimmy y hace ver que no se da cuenta de nada. A ella lo que le gustaría es ser aún más rica, mucho más rica, para tener la seguridad de que Jimmy no va a abandonarla. No, no creo que lo haga. Lo que va a heredar de su padre no es demasiado, pero suficiente para que Jimmy viva sin trabajar. Estoy segura de que a él le basta. Carolyn se afanará por hacerle dichoso. Carolyn es en el fondo una buena chica.

—¿Y el doctor Carroll…? —le preguntó—. ¿Qué clase de hombre es exactamente?

—Es un médico mediocre, que no hubiera destacado en ninguna ciudad importante. Tuvo que venirse aquí, a Reedsson. Y aquí se casó, y aquí acabará sus días. Es una buena persona.

—Y de Anne, la vieja sirvienta de la casa, ¿qué opina?

—Es una buena mujer, siempre nos ha querido mucho.

—¿Y la sirvienta joven…? —inquirió Rex.

—Es muy trabajadora, una buena chica.

—Oiga, Jennifer, ¿sabe una cosa?, a usted todo el mundo le parece buena. ¿No será que la buena es usted?

La muchacha se rió.

—Está usted empeñado en encontrar entre nosotros a un lobo feroz, ¿no es eso?

—Se ha cometido un crimen —dijo Rex— y tengo que encontrar al asesino.

—Espero que lo logre.

Siguieron conversando, pero ahora ya de otros temas. Como si Paul Pitts no hubiera sido encontrado dentro de un tonel de vino y como si todo aquel entorno fuera el idóneo para una pareja de Ia edad de ellos.

Se había hecho ya de noche. Las sombras habían caído rápidamente, casi como si hubieran querido sorprenderles.

—¿Sabe en lo que estoy pensando, Jennifer? No me desagradaría en absoluto casarme con una chica tan guapa como usted —se lo soltó de pronto.

—¿Eh...? —se sorprendió ella.

—Lo tiene todo bonito. El cuerpo tan bien formado, el cabello tan oscuro, los ojos tan verdes, los labios tan sugestivos... —y se quedó mirando la boca de la muchacha.

—Va a besarme, se ve venir —dijo ella— y debiera protestar, rechazarle. Pero no voy a hacerlo. Mire por dónde, me seduce la idea de ser besada por un detective privado.

Rex Patmarr la estrechó entre sus brazos y la besó. Tenía práctica con las mujeres. Quedó claro.

—Si hubiera sido el representante de Jane, no se lo hubiera permitido —repuso la muchacha al término de la larga caricia, tal vez queriendo despistar lo sofocada que se había quedado—. Los representantes de Jane son siempre sus amantes. Pero como usted es sólo el detective que ha contratado...

Rex Patmarr pensó que el segundo beso sería sin duda tan delicioso y embriagador como el primero. Se dispuso a repetir.

Pero en eso, de pronto, oyó un leve crujido apenas a unos metros de distancia. Comprendió que alguien les estaba espiando. Soltó a la muchacha.

Poco después echaba a correr en persecución de quien, evidentemente, había permanecido cerca de allí, agazapado, escondido, pretendiendo...

De eso se trataba. De averiguar qué es lo que pretendía.

Pero en medio de las sombras de la noche no era fácil perseguir a nadie. Menos aún a quien, viéndose al descubierto, se dio buena maña en esconderse por allí.

Sin embargo, seguía por allí, Rex Patmarr lo intuyó y permaneció a la espera de que su adversario hiciera un movimiento.

Aunque sólo fuera pequeño, eso le bastaría. Tenía el oído muy fino.

Pronto consiguió lo que buscaba. Quien fuera que se había escondido, se cansó de la postura en que había quedado, sin duda en cuclillas, y se movió un poco.

Rex Patmarr supo ya hacia dónde ir. Al mismo tiempo, el hombre perseguido, pues se trataba de un hombre, comprendiendo que se había delatado salió de su escondrijo y huyó velozmente de aquel lugar.

Rex corrió tras él, convencido de que en seguida le daría alcance. Tenía las -zancadas muy largas y parecía un gamo cuando las

circunstancias lo exigían.

Pero no tuvo suerte, al pasar junto a un árbol se le hundió allí el pie, por lo visto la tierra estaba floja, y su tobillo sufrió una fuerte torcedura.

—¡Demonios! —rezongó.

No obstante, se rehízo lo suficientemente pronto como para no desistir de la persecución. Y volvió a correr en busca de quien, posiblemente, podía aclararle muchas cosas.

Le alcanzó cerca de la carretera. Donde abundaban los altos y tupidos matorrales.

Se trataba de Bruce, el novio de la joven sirvienta de la casa. Sólo le había visto una vez, mientras el inspector de policía le interrogaba, pero por descontado le reconoció en el acto.

Acababa de detenerle por un brazo. Pero Bruce quiso a toda costa seguir escapando de allí. Dio un fuerte empellón y soltó su brazo de los dedos que le habían inmovilizado.

No obstante, volvió a sentirse cogido y esta vez vio como un puño cerrado iba directamente hacia su mentón.

El golpe fue contundente y Bruce cayó al suelo, desde donde consideró que valía más que se aviniera a razones. De lo contrario iba a salir muy mal librado de todo aquello.

—Ande, levántese —Rex le animó a hacerlo—. Hablando se entienden las personas.

—De acuerdo… de acuerdo… —accedió, si bien a regañadientes.

Rex Patmarr se dijo para sí que todo iba por el buen camino. El tal Bruce, parecía, pese a todo, un hombre razonable. No sería difícil que se entendieran.

Pero el asunto no estaba tan claro.

En realidad estaba oscuro, negro…

Negro como la misma noche.

Rex notó un dolor agudísimo en la cabeza y vio como todo daba vueltas a su alrededor a una velocidad de tiovivo enloquecido. La vista se le nubló y cayó redondo.

La última sensación se le antojó parecida a la de un mundo que se abre por la mitad y le traga a uno hasta lo más hondo.

La cosa era bastante más sencilla.

Alguien había salido de detrás de uno de aquellos matorrales, dándole con una piedra en la cabeza.

*

Bruce vio quién era esa persona y dio un bote. En realidad dio más que un bote, pues su sacudida no hubiera sido mayor de ser tocado por un cable eléctrico.

—¿Usted...? —Ia voz le salió terriblemente sobrecogida.

—Sí, yo —respondió quien, sin lugar a dudas, iba a ser su inexorable asesino.

En aquellos ojos había una maldad sin límites, sin fronteras. Aunque para asustarse y temer lo peor había algo más que su mirada. Desgraciadamente era así.

Aquella persona llevaba algo entre sus manos.

Era una guadaña.

Bruce se llenó de pavor, de espanto. Y se sintió incapaz de una huida. Tal vez porque su asesino estaba ya demasiado cerca e intentar algo hubiera sido, quizá, precipitar su final.

Como fuera, su final estaba allí mismo, como quien dice a la vuelta de la esquina. De un momento a otro no podría evitar lo inevitable.

Pero Bruce amaba la vida y quiso, mejor o peor, intentar lo imposible.

—Estoy dispuesto a callar... —dijo—. No debe preocupar se por mí. Lo mismo que si fuera mudo...

En aquel trágico momento, más que mudo era ciego, o poco faltaba para eso. Se había puesto a sudar tan copiosa mente que las gotas le habían inundado materialmente Ia frente, traspasándole las cejas y luego cayéndole sobre los ojos privándole casi de visión.

—No me fío... No puedo fiarme... —contestó la persona que, sin más demora, alzó en el aire la guadaña.

Su curvado filo brilló en medio de Ia oscuridad. Lo mismo que si se tratara de un siniestro y plateado rayo de luna.

—Piedad... piedad...

Pero no iba a encontrar piedad, así que, en última instancia, optó por huir. Cuando ya era tarde. Cuando ya nada, nada absolutamente podía esperar.

Dio media vuelta y echó a correr. Bueno, empezó a hacerlo. A más no pudo llegar su insensata y absurda pretensión.

La guadaña le alcanzó.

Llegándole por detrás, pasó sobre su cabeza y ante sus horrorizados ojos y se le incrustó en el cuerpo, más abajo de la cintura. Como si quisiera segarle. Como si quisiera partirle en dos.

Bruce soltó un alarido, desorbitando sus ojos en un indescriptible gesto de horror.

Se volvió hacia su asesino.

Pero éste ya no estaba allí. Había desaparecido entre los matorrales. No le cabían dudas, había hecho bien el trabajo. Bruce ya no le plantearía problemas de ningún género.

Fue Rex Patmarr quien en aquellos momentos empezó a volver en sí.

Lo que vio, hizo que se le helara el corazón.

El vientre de Bruce había sido seccionado en un tajo horizontal, profundo, tanto que los intestinos estaban saliendo a la superficie.

La víctima se curvaba dolorosamente, quejosamente, y veía sus propias vísceras. Estaba comprendiendo que, aunque aún vivo, en realidad podía ya considerarse muerto.

Adelantó sus manos y sostuvo con ellas las vísceras colgantes, quizá intentando, en un supremo esfuerzo, que la vida no huyera de su cuerpo. Pero un chorro de sangre a alta presión salió de entre sus manos, de entre sus dedos.

Instantes después caía de rodillas.

Al poco de bruces.

No volvió a hacer el menor movimiento.

Era el fin.

Ese fin que, de una manera u otra, nos espera a todos como ley inexorable de una vida que es sólo un breve tránsito por este pícaro y traicionero mundo.

CAPITULO VII

Estaban reunidos en el salón, pero ninguno hablaba. Era la segunda muerte...

Todos se hallaban muy serios. Bueno, todos no. Mónika sonreía. Estaba con el pensamiento puesto, al parecer, en algo alegre, por lo menos en algo gracioso.

Pasados unos segundos se echó a reír alegremente y salió de Ia estancia.

Fue Carolyn, entonces, la que dirigiéndose a los presentes, si bien a nadie en particular, dijo:

—Y todo para nada. Mónika no nos dice dónde están escondidas las monedas de oro.

—Insistiremos —dijo Jane—. Finalmente nos lo dirá.

—Por cierto —intervino el doctor Carroll, quien estaba tomando unos whiskys en compañía de ellos—, lamento haber dicho a mi esposa que Mónika había salido del manicomio y que sólo ella sabía lo de la arqueta. Las mujeres son habladoras, ya se sabe, y lo comentó... De ello, sin duda, que llegara a enterarse Paul Pitts.

—No se preocupe — le respondió Donna—. Paul Pitts acabó mal, como tenía que acabar. Simplemente eso.

—El otro día —terció Jimmy Claitte—, Mónika se quedó con la mirada clavada en este cuadro...

Indicó el cuadro con Ia mirada. Allí surgía un paisaje campestre, con una montaña, un bosque y un río.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jennifer—. ¿Acaso que...?

—Sí, eso —dijo Jimmy Claitte—. Acaso tras ese cuadro esté... Podemos mirar...

—Ya he mirado yo —observó Rex Patmarr—. Tras ese cuadro no hay nada.

—Pero en algún sitio tienen que estar las monedas de oro —dicho esto, Jean se volvió hacia el detective, recordándole por si lo había olvidado—. Y yo le contraté a usted para que... como ya sabían todos que no era su representante había dejado el tuteo inicial.

—Me contrató usted para que, entre otras cosas, diera con el escondrijo de la arqueta —concluyó Rex, él a su vez tratando a su cliente a tenor de las circunstancias—. Lo tengo bien presente. Pero tendrá que concederme un poco más de tiempo. El asunto se ha puesto muy feo y...

—Y tan feo —murmuró Jennifer—, Han habido ya dos muertes.

—Y las dos relacionadas con las monedas de oro, ¿verdad, señor Patmarr? —preguntó Carolyn.

—Estoy convencido de ello. No obstante, la sirvienta joven de esta

casa asegura no saber nada. Y si lo asegura la novia del muerto...

—¿Crees que miente? —quiso saber Donna.

—Sí, lo creo —dijo Rex—. Pero tiene miedo a hablar, un miedo horrible. Así que estoy convencido de que seguirá callando.

—¿Y la vieja Anne? —inquirió el doctor Carroll—, ¿Por qué no dice nada? Sabe que podría aclarar muchas cosas al inspector...

—Arme quiere seguir teniendo techo, manutención y un sueldo —repuso Donna—. Por eso no quiere contrariarnos.

—Pero, ¿quién puede ser el asesino? —a Jane se la veía asustada.

—Si supiéramos eso —repuso Rex— estaría ya todo sabido.

—Y si Mónika nos dijera de una vez dónde están escondidas las monedas de oro —observó Carolyn— podríamos ya irnos...

—Pero Mónika se resiste a decirlo y nosotros no damos con el escondrijo —recalcó Rex—. Yo al menos, que he mirado en el desván, en el sótano, en las estanterías superiores, en las inferiores, vamos, en todo sitio habido y por haber, confieso que me doy por vencido. Bueno —aclaró— casi...

—Todo empezó mal —indicó el doctor Carroll—. Aquel incomprensible olor a putrefacción, aquella endemoniada llamada telefónica...

—Olvidemos todo aquello —pidió Jennifer.

—¿Por qué olvidarlo? —dijo Donna—. Si sabemos que Mónika es nuestra única esperanza, es gracias a esa llamada...

—Un momento —le detuvo Rex Patmarr.

—¿Cómo...? —inquirió Donna.

—Roberta no pudo telefonear porque está muerta. Quedamos en eso. ¿O acaso no quedamos en eso...?

—Sí, claro —asintió Donna, turbada por haberse dejado llevar una vez más por aquel no saber exactamente qué pensar.

—Pero aunque no estuviera muerta —repuso Rex—, tampoco, desde el interior del ataúd, hubiera podido llamar... Le metieron un teléfono en el ataúd, pero ese teléfono tiene el hilo cortado, interrumpido, no está enchufado a ninguna parte. Así pues, 0cómo iba a poder llegarnos su llamada...?

—Mirado así, la razón le asiste —admitió Jane.

—¿Acaso se puede mirar de otra manera? Creo que no, a menos que alguien sepa aquí algo más de lo que a mí se me ha dicho. En cuyo caso me lavo las manos.

—Y el olor pestilente, nauseabundo, que nos llegó desde... —recordó Jimmy Claitte.

—¿Desde dónde? —preguntó Rex—. Desde el cementerio por descontado que no. El cementerio está cerca de aquí, pero no tanto como para que un ataúd se destape y su olor interior alcance a nuestros olfatos.

—Pero si la voz de Roberta no era ciertamente la suya... Si aquel olor nauseabundo no llegaba del cementerio... Si todo eso es falso, alguien lo organiza, lo trama, ¿no? —fue Jennifer la que dijo esto—. Sin embargo...

—¿Qué? —preguntó Jane.

—Entre los dedos de Paul Pitts apareció la cruz de plata que yo vi, que todos vimos entre las manos de Roberta poco antes de que descendiera la tapa del ataúd en que fue metido su cuerpo. Siendo así...

—Todo está muy confuso —resumió el doctor Carroll—. Y dos muertes ya. Primero Paul Pitts...

Se detuvo. Mónika había vuelto al salón.

—¿Habláis de Paul? —preguntó.

Pero no esperó respuesta. Se había visto reflejada en el espejo de marco dorado y miraba sumamente complacida su imagen.

Una imagen ciertamente muy agradable. Cada día se peinaba con más esmero, se maquillaba con más atención, y los resultados evidentemente, no podían ser mejores.

—Estoy bonita, ¿no es cierto? —y no se sabía si se lo preguntaba a sí misma o a los demás.

—Estás preciosa —dijo Jane.

—Encantadora —añadió Donna.

—Y aún estarías más bella si te vistieras con lujo, como en realidad te corresponde —puntualizó Carolyn—. porque tú eres rica, muy rica... Bueno, para serlo sólo te falta decirnos dónde están escondidas las monedas de oro... —no perdía la ocasión de intentar, por enésima vez, que la loca hablara—. Porque lo sabes, ¿no?

—Sí, sí —sonrió Mónika—, me lo dijo Roberta. Y yo a mi vez os lo diré a vosotras, pero más adelante, cuando esté segura de que me queréis bien.

—¿Cómo no vamos a quererte bien —repuso Donna— si eres nuestra hermana?

—Sí, claro —asintió Mónika.

No hubo forma de que dijera algo más. No hubo forma de sacarla de esto. Por lo que una vez más sus hermanas se desalentaron. Parecía cosa de nunca acabar.

—Vamos a buscar en el desván —decidió Jane instantes después, y se volvió hacia el detective—. Me da que la arqueta tiene que estar allí.

—Es posible —admitió Rex.

Pero vio como brillaban los ojos de la llamativa rubia y comprendió que sus instintos sexuales estaban al ataque.

—Os acompaño —dijo Jennifer, ingenuamente.

—No —le cortó Jane—, tú busca por otra parte. En el desván nos

bastamos nosotros dos.

—Como quieras —cedió Jennifer, ahora dándose cuenta claramente de las intenciones de Jane.

Ya en el desordenado desván, miraron por aquí y por allá. Pero apenas durante un par o tres de minutos.

Transcurridos éstos, Jane se acercó al detective y le tendió los brazos al cuello.

—¿Sabes una cosa? —le sonrió, mientras movía voluptuosamente su cabellera rubia—. Eres un encanto de hombre.

—¿En serio? —el cuerpo ondulante de Jane lo sentía tibio, palpitante y tentador junto al suyo.

—Y tan en serio.

—¿Y me contrataste por eso? —preguntó Rex—. Pues si te fiaste de la simple apariencia a lo mejor te salgo tonto.

—No tienes cara de serlo. Por lo demás —observó Jane—, estoy convencida de que has averiguado mucho más de lo que dices.

—Cabe —admitió él.

—Entonces, ¿reconoces que...? —quiso saber.

—Sí —admitió.

—Anda, dime lo que has averiguado.

—Es pronto para eso.

—Si tú lo dices, lo acepto así, sin protestar. Pero no es pronto para otra cosa, ¿verdad que no?

—¿Para qué otra cosa?

Se le pegó tanto que la respuesta resultaba totalmente innecesaria. Aun así Jane habló:

—Para hacer el amor... Yo estoy deseándolo...

—Te encuentro preciosa —ponderó Rex. Pero estaba pensando en Jennifer. Y lo cierto es que por ella, sólo por ella le sabía mal aceptar aquel plan.

—Aquí estaremos bien —dijo Jane, y le indicó una vieja cama turca, dejada allí sin duda hacia ya mucho tiempo.

—Sus patas parecen flojas —repuso Rex—, Vamos a acabar en el suelo...

Luchaba entre la tentación de aceptarla y el honesto deseo de ser fiel a Jennifer.

«Bien mirado —se decía— te vas a casar con ella. Lo sabes de sobra desde que la besaste.»

Pero iba a ceder. ¿Qué hombre es capaz de soportar estoicamente un ataque tan a la descarada? Tendría que haber sido de hielo y era de carne y hueso.

—Acércate... —y Jane, a una velocidad sorprendente, empezó a desvestirse.

Antes de hacerse a la idea, Rex Patmarr tenía a aquel cuerpo

ondulante y agresivo entre sus brazos.

Sin embargo, en aquel momento, precisamente en aquel momento, por demás inoportunamente no hace falta decirlo, alguien llamó a Ia puerta del desván.

Jane se sobresaltó, aunque debía estar acostumbrada a incidencias parecidas.

Rex preguntó:

—¿Quién es...?

—Soy yo, Jennifer —dijo la muchacha con voz de niña inocente. Y añadió—: Mónika está preguntando por usted, señor Patmarr. ¿Puede salir?

Tuvieron que salir. No les quedó otro remedio.

Pero no se trataba ciertamente de atender a Mónica, el detective lo supo en cuanto miró a los preciosos ojos verdes de Jennifer. La chica había adivinado lo que iba a pasar entre Jane y él y acababa de tenderles la zancadilla.

Pero en lugar de indignarse, Rex se alegró de la interrupción. Tuvo que confesárselo a sí mismo.

—Nadie está buscándome —le dijo a la muchacha, no queriendo parecerle idiota—. Lo ha hecho para fastidiarme...

—Si —reconoció Jennifer.

—¡Ah! —se sorprendió de la sinceridad de la muchacha. Luego añadió, sonriendo—: Con sinceridad, me siento halagado.

CAPITULO VIII

Una nueva noche había caído sobre aquella casa.

Y sus ocupantes sentían la sensación de que algo malo iba a acontecer. Pero sólo era una sensación, así que de un modo o de otro se esforzaban por no exteriorizar lo que sentían.

De pronto, un horrible hedor llenó el aire del salón. Un hedor fétido, pestilente, nauseabundo.

Como aquella otra vez.

Exactamente.

—¡Oh, qué peste! —y Carolyn, lo mismo que en aquella otra ocasión, se tapó las narices.

—¡Qué olor más repugnante! —esa noche no fue Donna, sino Jane, quien tuvo náuseas, sintiendo que el estómago se le revolvía.

—Se repite aquello... —murmuró Jimmy Claitte.

—Se repite —asintió Donna.

Jennifer no dijo nada y se dirigió hacia las ventanas, abriéndolas. Rex le ayudó a hacerlo.

El doctor Carroll no objetó nada, se había ido de la casa no hacía mucho. Pero todos recordaban lo que al respecto opinó la otra vez:

«Ni un cadáver en pura descomposición olería peor.»

Mónika no intervino. Se había ido a su habitación, según dijo a cambiarse de peinado y a maquillarse un poco más.

Poco después llamaban a la vieja Anne. ¿Qué significaba aquello? ¿De dónde podía llegar aquel olor tan repelente?

Pero Anne no les aclaró nada. Ella ni siquiera olía mal porque carecía de olfato. El doctor Carroll ya lo dijo, Anne padecía de anosmia.

Ringgg... ringggg...

No salían de sustos.

El teléfono estaba sonando.

Sin embargo, Jane lo descolgó con naturalidad, pues ella fue la única que no pensó en aquel momento en que Roberta pudiera estar al otro lado del hilo.

Los demás si lo pensaron. De ello que se hubieran quedado tensos y envarados como seres petrificados.

—Soy vuestra hermana...

De la sacudida provocada por el sobresalto, Jane lanzó el teléfono a más de un metro de distancia.

Fue a parar al suelo.

Y desde allí siguió oyéndose la voz de la muerta.

—Soy Roberta... Me dirijo por última vez a vosotras... Pero ante todo os ruego que me perdonéis... De nuevo me he movido demasiado

y he levantado la tapa del ataúd… Sin duda el olor de aquí dentro os ha llegado…

La voz se tomó una pausa y allí en el salón unos y otros se miraron. Aquello era como para pensar que estaban perdiendo la razón.

Pero no, ninguno de ellos estaba loco. La única loca de la casa era Mónika. Ellos eran personas perfectamente cuerdas.

La voz de Roberta volvió a dejarse oír.

—Todavía no sabéis donde están escondidas las monedas de oro… La culpa es vuestra… No conseguís que Mónika confíe en vosotras… ¿Cómo lograrlo? Sencillo, muy sencillo… Jurarle que no volveréis a ingresarla en el manicomio… Decídselo de corazón, que ella vea en vuestra miradas que es verdad… Y entonces os lo dirá… No lo dudéis… No lo dudéis… No lo dudéis…

Esperaron que la voz de Roberta dijera algo más.

Pero la voz había enmudecido para siempre.

*

Esperó a que los demás se dirigieran al comedor para retener a Jane a su lado.

—Espera.

—¿Qué quieres, Donna?

—He decidido una cosa… —le dijo, pero bajando ostensiblemente el tono.

—¿Qué cosa?

Se lo hizo saber.

—Ir esta noche al cementerio.

—¿Queeé…?

—Y tú vas a acompañarme.

—¡Oh, no! —se sobresaltó.

—Sí, vas a venir conmigo —y para persuadirla—. ¿No te haces cargo, Jane? Necesitamos saber de fijo si Roberta está muerta o no…

—Sabes que lo está —dijo Jane.

—Si lo estuviera no oiríamos su voz…

—Entonces, ¿tú crees que está viva? —se agitó.

—No creo nada. Pero sabré a qué atenerme si abro el ataúd y miro dentro… Ya sé, ya sé —se anticipó a lo que Jane iba a decir— que abrir un sepulcro está prohibido… Pero nadie ha de enterarse. El sepulturero nos ayudará, le he comprado con un par de billetes grandes… Nos estará esperando junto a la puerta de entrada, exactamente a medianoche.

—Pero ir allí, a medianoche, solas. ¿No te asusta?

—Sí —dijo Donna—, pero me asusta más este no saber qué pensar.

Y sí —ratificó— iremos solas porque tu detective no nos sirve en esta ocasión.

—¿Por qué no? Pues yo con él me sentiría mucho más tranquilo, mucho más segura.

—Sin el permiso correspondiente, el señor Patmarr se negará terminantemente a profanar...

—Sí, claro —asintió Jane.

—Bueno, cuento contigo, ¿eh?

—Sí —finalmente se decidió—. En realidad tienes razón, necesitamos saber a qué atenernos.

A las doce menos diez minutos salieron de la casa, encaminándose hacia el cercano cementerio.

La noche era tan intensamente negra que Donna tuvo que utilizar desde el primer instante la linterna que, precavidamente, no se había olvidado de coger.

Aun así, el recorrido presentaba dificultades. Ambas se arrepintieron de no haberse puesto zapatos más cómodos.

Pero el cementerio estaba cerca y no tardaron en llegar ante su puerta principal, donde el sepulturero les esperaba. Tenía que ganarse los billetes que había recibido.

—Anda, vamos... —dijo Donna viendo que su hermana se detenía.

—¿Tú crees que hacemos bien? —en última instancia, Jane volvía a sentir sus dudas.

—No vamos a volvernos atrás ahora...

—Tengo miedo, Donna.

—Yo también, Jane. Pero ya falta poco. Dentro de unos minutos sabremos toda la verdad. Vale la pena el esfuerzo.

—Sí... —admitió.

El sepulturero era un pobre e infeliz jorobado. Nadie le quería para nada, a no ser para enterrar a sus muertos. Pero el infeliz parecía resignado con su suerte.

Ya en el interior del recinto, a Donna y a Jane les guió la claridad de la lámpara que llevaba el sepulturero. ¡Pero eran tan inquietantes las tenebrosas siluetas de los nichos, de las tumbas, de aquellas pequeñas y grandes cruces de piedra y de aquellas inscripciones, muchas de las cuales el tiempo había ya borrado!

A medio camino, a Jane se le escapó un grito ahogado. Tuvo que llevarse las manos a la boca para sofocarlo.

—¿Qué te pasas...? —preguntó Donna.

—Esas pequeñas llamas... Esas pequeñas llamas... —jadeó Jane, indicándolas—. Se desplazan a ras del suelo...

—Son fuegos fatuos —repuso el sepulturero, volviéndose hacia ellas.

—¿Qué dice que son...? —preguntó Jane.

—Se debe a la combustión del fosfuro de hidrógeno que resulta de la descomposición y putrefacción de las sustancias orgánicas —lo explicó el sepulturero con naturalidad, más bien con indiferencia.

—¡Oh! —y a Jane le dieron ganas de quedarse atrás.

Pero habían de seguir adelante.

Pocos minutos después llegaron ante la tumba de Roberta Massey.

—Es aquí —dijo el sepulturero.

—Sí, sí —asintió Donna.

Jane quedó pegada a su hermana mayor. Necesitaba sentir cerca de ella a alguien.

Relativamente pronto el ataúd quedó en disposición de ser destapado. Pero para ambas mujeres aquella espera había resultado inacabable.

—Qué, ¿abro ya el ataúd? —preguntó el sepulturero.

Donna tragó saliva, o al menos intentó hacerlo, y luego dijo:

—Sí, hágalo.

Jane asintió con un gesto. Es lo máximo que pudo hacer en aquellos momentos en que sentía que la humedad y el frío de la noche se le habían clavado hasta el alma.

El sepulturero accionó en el ataúd, aunque no vieron bien lo que hacía. La claridad de la lámpara, que había dejado depositada en el suelo, no bastaba para poder reparar en ciertos pormenores.

Pero vieron como el ataúd quedaba abierto.

—Ya está —dijo el sepulturero—, pueden mirar…

Había cogido la lámpara y ahora la sostenía en el aire, sobre el ataúd. Así les facilitaba el ver bien las cosas.

—Pero no respiren… —aconsejó el sepulturero—. Este cuerpo está en plena descomposición.

Donna y Jane se acercaron. Y ambas pudieron ver como el cuerpo de Roberta está allí. Pero… ¡se había movido! Le dejaron en el ataúd con las manos sobre el pecho, en piadosa actitud. Ahora sus manos estaban sujetando, agarrotando el teléfono. Lo mismo que si hubiera efectuado una llamada, o varias…

—No, no… —jadeó Jane.

—No, no… —jadeó a su vez Donna.

—¿Puedo cerrarlo ya? —preguntó el sepulturero, y al ver lo pálidas, lo mortalmente lívidas que se habían puesto ambas mujeres aceptó su silencio como una afirmación.

Poco rato después todo había quedado como antes.

—Buenas noches… —se despidió Donna del sepulturero, apenas con voz.

—Quedo a la disposición de ustedes —repuso éste—. Siempre que quieran algo así, ya lo saben, pueden contar conmigo.

—Gracias —dijo Jane, aún con menos voz que su hermana.

El camino de regreso a la casa se les hizo muy largo, casi inacabable. Era demasiado intensa la impresión recibida. Después de lo visto, ¿qué debía pensar...? ¿A qué definiciones debían llegar...?

De pronto se vieron detenidos por un bulto. Apareció a sus pies, en medio del camino.

Era un cuerpo humano.

Se inclinaron sobre él y vieron que se trataba del doctor Carroll.

No gritaron de milagro. Pero el grito se les rompió dentro, ahogándolas, casi privándolas de poder llenar de aire sus pulmones.

Le habían disparado en la sien derecha. La bala mostraba claramente su orificio de entrada.

La bala le había atravesado el cráneo, la masa encefálica, saliéndole por la otra sien.

Tal vez murió en el acto.

Es lo mejor que podía haberle sucedido.

CAPITULO IX

Mónika estaba en su dormitorio, sentada ante el tocador, cepillándose el cabello. Estaba claro que para ella, ahora, la apariencia física tenía una gran importancia.

Donna llamó a la puerta de la habitación con los nudillos.

—¿Puedo pasar? —solicitó.

—Sí, pasa —pero Mónika siguió ante el espejo, cepillándose el cabello una y otra vez, incansablemente.

La hermana mayor se acercó a ella, quedando a su lado. No tardó en decirle.

—Cada día estás más guapas.

—¿Tú crees...? —Ia mirada de Mónika brilló ilusionada. Había de añadir—. Sí, quiero estar guapa... Lo más guapa posible...

—Me alegro que pienses así —repuso Donna—, a tu edad eso es lo normal. Pero como te dijo Carolyn el otro día, aún parecerías más guapa si te compraras vestidos caros, de lujo... Entonces resplandecerías toda tú...

—¡Oh, sí, me gustaría! —exclamó Mónika.

—Desgraciadamente —observó Donna—, yo no dispongo de dinero. Pero tú sí... —se lo recordó—. Me refiero a que tú sabes dónde están escondidas las monedas de oro...

—Sí, lo sé —asintió.

—Se me ha ocurrido algo —dijo Donna—. Podrías decírmelo a mí, sólo a mí. Si se lo dices también a Jane ella querrá su parte. ¿Ya qué repartir el contenido de la arqueta en tres partes iguales si podemos...? ¿Qué te parece?

—En tal caso nos tocaría a más, ¿verdad? —preguntó Mónika.

—Sí, a mucho más —aseguró Donna—. Yo creo que merecería la pena.

—Quizá tengas razón. ¿A qué quedarnos con menos si podemos quedarnos con más? Pero tengo que pensármelo, necesito un poco de tiempo antes de decidirme.

—Tómate todo el tiempo que quieras, no deseo apremiarte. De todos modos, recuerda que a Jane no debes decirle lo que hemos hablado. Si se enterara se enfadaría mucho.

—No diré nada —prometió Mónika.

—Bueno, me voy. Los demás deben estar ya desayunando.

—Yo bajaré en seguida.

—De acuerdo —y Donna se dirigió hacia la puerta. Antes de abrirla, no obstante, se volvió de nuevo hacia Mónika—. Oye, ¿por qué sales sola todas las tardes y no vuelves hasta que es ya de noche?

—A esa hora —dijo Mónika— todos estáis haciendo una cosa u

otra. Tú lees novelas en tu dormitorio, Jane hojea revistas en el salón o en cualquier otra parte, Jimmy dice que tiene que escribir cartas y se va a su cuarto, Carolyn se encierra en su habitación porque le sabe mal haberse quedado sola. En fin, que me aburro y no sé qué hacer. Es entonces cuando me apetece salir a pasear.

—Piensa — repuso Donna—, que si vas sola puede pasarte algo malo.

—¿Algo malo? —preguntó Mónika—. ¿Cómo qué…?

—Como lo que le pasó al doctor Carroll, pongamos por ejemplo.

—¿Qué le pasó? —por lo visto lo había olvidado.

—Alguien le mató, acabó con su vida —dijo Donna—. El inspector ya te estuvo hablando de lo sucedido. Le dispararon en la sien.

—¿Y quién hizo eso? —volvió a preguntar.

—La policía no ha conseguido averiguarlo. El asesino permanece aún en el incógnito, entre las sombras.

—Quizá —dedujo Mónika desde la sinrazón de su mente— sea el mismo que mató a Paul. A Paul Pitts, el hombre que hace años amé tanto.

—Sí —asintió Donna—, sin duda se trata de la misma persona. Por eso —agregó—, yo de ti iría con cuidado y procuraría no salir a no ser acompañada. No quisiéramos que te sucediera nada, ¿comprendes?

—Sí, comprendo.

—Bueno, voy a desayunar.

Donna salió de la habitación satisfecha de los progresos que había hecho. O satisfecha, al menos, de los progresos que creía haber hecho.

Si Mónika le decía a ella, sólo a ella, dónde estaban las monedas de oro, todo resultaría muy sencillo. Se las apropiaría, como cosa exclusivamente suya, y luego diría que en la arqueta sólo había tres o cuatro monedas sueltas. Nadie podría afirmar y dar fe de lo contrario puesto que lo que dijera Mónika no tendría la validez precisa.

En tal caso Jane se quedaría sin la parte que le correspondía, pero, ¿qué importancia podía tener eso? Jane estaba aún de muy buen ver, así que le costaba muy poco sacar dinero a los hombres. La prueba, el «Mercedes» que se había comprado.

Ya en el comedor, Donna se dio cuenta de que Jane aún no estaba allí. Lo que le extrañó un poco, solía ser siempre la primera en bajar a desayunar.

Jane estaba, en aquel momento, abriendo la puerta del dormitorio de la hermana pequeña. La encontró aún ante el tocador. Seguía cepillándose el cabello.

—Supongo que no te molesto…

—Claro que no —sonrió Mónika.

—Quería hablarte, ¿sabes?

—¿De qué, Jane?

—De las monedas de oro... —miró hacia la puerta, asegurándose de que la había cerrado—. He pensado que si me dijeras a mí, sólo a mí, dónde están, nos las podríamos repartir sin decírselo a Donna—. Nos tocarían a muchas más. ¿Qué te parece mi idea, Mónika?

Dejó de cepillarse el cabello y se volvió hacia su rubia y llamativa hermana.

—Es una buena idea —repuso—. Pero, ¿qué pensará Donna...?

—Ella no ha de enterarse. Ha de ser un secreto entre tú y yo, ¿te haces cargo?

—No sé, estoy hecha un lío... —y Mónika se llevó las manos a la cabeza—. Todo el mundo me habla de lo mismo, de las monedas. Pero sí, la tuya es una buena idea...

—Pues no se hable más, te sinceras conmigo y...

—Necesito un poco de tiempo antes de decidirme —acababa de decir a Jane lo que instantes antes había dicho a Donna.

La respuesta de Jane también fue idéntica a la de Donna.

—Tómate todo el tiempo que quieras, no quiero apremiarte.

—De acuerdo.

—Bueno, ahora te dejo. Voy a desayunar.

Se dirigió a la puerta. Antes de abrirla, sin embargo, se volvió de nuevo hacia Mónika. Lo mismo había hecho su hermana mayor.

—Oye, ¿por qué sales todas las tardes y no vuelves hasta que es ya de noche? —pero Jane no esperó a que su hermana dijera nada y añadió—: Debes ir con cuidado, Mónika. Un asesino anda suelto.

—Tendré cuidado —aseguró. Y agregó—: No quiero que me pase nada. Ahora soy muy feliz.

*

Luego del desayuno, Carolyn hizo todo Io posible por quedarse a solas con su tía Mónika. Y una vez conseguida su pretensión, sabiendo que nadie iba a oírles, le dijo:

—Creo saber dónde están escondidas las monedas de oro...

—¿Si? —Ia mirada de Mónika no expresó nada en concreto.

Se hallaban en el salón. Donde Mónika se había dirigido, pues le gustaba contemplar el chisporroteante fuego de la chimenea, y adonde Carolyn le había seguido convencida de que debía actuar por cuenta propia.

—Están aquí, en esta estancia —dijo Carolyn.

La mirada de Mónika seguía sin expresar nada. Aunque en esta ocasión pestañeó, esto, quizá, sí significara algo.

—Falta saber dónde... —repuso Carolyn—, Falta saber dónde exactamente... Yo creo saberlo, pero, claro, no estoy segura...

—No estás segura —repitió Mónika.

—Podrían estar tras el espejo de marco dorado…

—Podrían estar tras el espejo de marco dorado —repitió de nuevo, como una monótona cantinela.

—O tal vez — la última indicación no parecía haber impresionado lo más mínimo a tía Mónika— bajo alguna de estas baldosas. Pero hay tantas baldosas que…

Esperó a ver qué decía Mónika, pero ésta se limitó a encogerse de hombros. No hubo modo de sacar ninguna conclusión.

—Tía Mónika —repuso seguidamente—, se me acaba de ocurrir una cosa…

—¿Qué cosa? —preguntó.

—¿Por qué no me dices a mí, sólo a mí, dónde están. Nos las repartiremos tú y yo y…

—Esto ya lo he oído otra vez —observó Mónika.

—¿Ah, sí…? y Carolyn comprendió que no sólo era ella la que tramaba algo.

—Sí, sí —asintió—. No eres la primera en hablarme así.

—¿Quién lo ha hecho antes? —quiso saber.

—No debo decirlo… No debo decirlo… —y Mónika movía la cabeza una y otra vez con gesto firmemente negativo—. No debo decirlo…

A Carolyn le hubiera gustado seguir en la brecha. No era cosa de cejar tan pronto. Ahora menos que nunca.

Sin embargo, oyó unos pasos y poco después tenía allí a Jennifer. Se vio forzada a dejar la conversación para otro momento, para más adelante.

Sin duda, pensó, la oportunidad de proseguirla no tardaría en llegar. No obstante, y a pesar de su empeño, lo cierto es que llegó el atardecer sin que la ocasión se hubiera presentado.

En eso, Mónika se dio cuenta de que el sol empezaba a declinar. Entonces dijo, como venía diciendo últimamente a aquella hora, o a hora aproximada.

—Voy a dar un paseo.

—Pronto será de noche —subrayó Donna— y hace frío. Yo de ti me quedaría.

—No, aquí me aburro.

—Estamos contigo, a tu lado —dijo Jane.

—Pero dentro de poco —repuso Mónika— Donna estará en su dormitorio leyendo una novela, y tú estarás hojeando revistas, y Jimmy tendrá que ir a su habitación a escribir cartas, y Carolyn se retirará a su cuarto con cara de mal humor…

—Podemos dejar de hacerlo —sonrió Donna forzadamente— si con ello evitamos que salgas. Hace frío y vas a resfriarte.

—Me abrigaré bien —a Mónika, por lo visto, le obsesionaba la

idea de salir—. No os preocupéis por mí.

Se dispuso a salir del salón, y Donna tuvo miedo de que a su hermana le pasara algo malo. Si alguien la mataba sería el final de las ilusiones que se había hecho. Ya no podría quedarse con todo.

—Jimmy... —se volvió hacia el novio de su hija, esforzándose por sonreír—, ¿por qué no sales con ella y la acompañas en el paseo?

—¿Yo? —inquirió Jimmy, asombrado—. ¿Acompañarla yo?

—Sí, tú —dijo Donna—. ¿Por qué no? Nos sentiremos más tranquilos si tú vas con ella. Hazte cargo, Jimmy, después de todo lo que ha sucedido... Y sólo ella sabe...

No prosiguió. Hubiera resultado innecesario. Jimmy Claitte había comprendido sobradamente de qué se trataba. La vida de aquella loca no podía perderse. Antes tenía que hablar.

—De acuerdo —convino—, saldremos juntos.

—¿Qué dices...? —preguntó Mónika, volviéndose hacia ellos.

—Digo —repuso Jimmy Claitte—, que me encantará-pasear contigo. Si a ti no te molesta mi presencia...

—Claro que no —aseguró Mónika—, Puedes venir conmigo si quieres.

—No volváis tarde —les recomendó Jane.

—¿Quieres venir tú también? —Jimmy Claitte se dirigió a Carolyn.

—No, no —negó ésta—. Hace mucho frío, no apetece nada pasear. Prefiero quedarme junto a las llamas de la chimenea.

—Bueno, hasta luego —dijo Jimmy Claitte.

—Adiós —se despidió Mónika.

Cuando ambos estuvieron ya fuera de la casa, Rex Patmarr, que hasta entonces había permanecido callado, dejó oír su voz.

—Perfecto. Así podremos hablar con tranquilidad.

—¿Cómo...? —preguntó Donna, quien a juzgar por su expresión no había terminado de entender aquello.

—Me refiero a que es mejor así. Por cierto, vayan ahora a buscar a la vieja Anne... ¡Ah! —advirtió cuando Carolyn se dispuso a seguir sus instrucciones—, que venga también la sirvienta joven...

—Lo que usted diga, señor Patmarr.

Todos se quedaron a la expectativa. No podía estar más claro, el detective sabía ya lo suficiente como para haberse hecho un planteamiento lógico y coherente. Sin duda podía ya acusar en firme.

Así que Anne estuvo allí, pequeña y delgada, con su cabello muy blanco, Rex le hizo un gesto.

—Siéntese.

Las piernas de Anne flaqueaban, así que no se lo hizo repetir.

En cuanto a la sirvienta joven, saludable y rolliza, quedó en pie. Pero a ésta, en honor a la verdad, las piernas también le flojeaban.

—Empecemos por lo que no tiene vuelta de hoja —repuso Rex Patmarr—, ¿conoce usted esto, Anne? —y le enseñó un cassette automático—. Estaba escondido en la cocina…

La vieja Anne se puso tan blanca que ni una hoja de papel…

—¿Quiere que ponga en marcha la cinta que hay colocada? —preguntó Rex—. Por lo que a usted se refiere resulta innecesario que lo haga, ya lo sé… Pero conviene que los demás lo oigan, hágase cargo… Apretaré la tecla correspondiente para que la cinta retroceda y así podremos enfocar el asunto desde el principio…

Ni Donna, ni Jane, ni Carolyn dijeron nada. Tampoco Jennifer. Las cuatro quedaron con la mirada puesta en el cassette.

No tardó en dejarse oír una voz de mujer.

¡La voz de una muerta!

¡La voz de Roberta!

La voz dijo:

«Estabais esperando mi llamada, ¿verdad? Perdonadme la espera…»

Una pausa.

«Soy Roberta… Supongo que ya me reconocéis…»

Otra pausa.

«Tenéis que perdonadme… Me he movido demasiado aquí en el interior del ataúd y me parece que he desencajado la tapa… De ser así, temo que el olor de mi cuerpo en descomposición os haya llegado… Como el cementerio está cerca…

De nuevo otra pausa:

«Voy a deciros dónde tengo escondidas las monedas de oro… O mejor dicho, voy a deciros quién sabe dónde las tengo escondidas. Pues bien, esa persona es…es… Esa persona es Mónika…»

—Bueno —dijo Rex Patmarr deteniendo la marcha del cassette—, creo que con esto basta…

—Comprendo —repuso Donna—, la voz de Roberta que tanto nos impresionó estaba grabada…

—Debimos suponerlo —añadió Jane.

—Sí, claro —asintió Carolyn.

—¿Pero qué significa exactamente este hallazgo? —preguntó a su vez Jennifer.

—Responder a esto —dijo Rex— le corresponde a usted, Anne —se dirigió a la vieja sirvienta—. A menos que prefiera que lo explique yo…

—¡Oh, no creí que encontrase el cassette! —exclamó echándose a llorar—. Lo tenía escondido en la cocina.

—No lo suficientemente bien —puntualizó Rex—. A las pruebas me remito. Bueno, hable, Anne… Comprenda que ha llegado el momento de hacerlo…

Pero fue la sirvienta joven la que, dejándose llevar por los nervios, no pudo controlarse y exclamó:

—¡Yo no quiero verme metida en líos! ¡Yo obedecía a Anne por ganarme unas libras, simplemente por eso! ¡Pero yo no sé nada...!

—A usted le preguntaré más adelante, si hace falta que lo haga —manifestó Rex—. Ahora es el turno de Anne. Cuando quiera, la escuchamos.

La vieja sirvienta se dispuso a hablar, y a hacerlo sinceramente. Ya no serviría de nada que siguiera callando.

CAPITULO X

Roberta había estado dándole vueltas a la cabeza. Ella no quería irse de este mundo sabiendo que Mónika se quedaría en el manicomio para el resto de sus días. Esta idea había llegado a hacérsele insoportable.

Ella visitaba muy a menudo a la hermana pequeña, a la pobre loca. Una loca, sin embargo, ingenua e inofensiva que en realidad no podía hacer daño a nadie.

Y tantas vueltas le dio a la cabeza, que finalmente se le ocurrió cómo hacer para que Donna y Jane sacaran a Mónika del centro psiquiátrico. Sí, si se llevaba a cabo su plan, seguro que Donna y Jane argumentarían que la enferma había mejorado considerablemente y que deseaban regresar a casa con ella.

Desde luego, en todo lo que Roberta se propuso y organizó acabó habiendo algo de verdad, y más que algo también. Ella dijo ciertamente a Mónika dónde estaban escondidas las monedas de oro, aunque le previno, una y otra vez, hasta la saciedad, que no debía decir qué lugar era hasta que Donna y Jane le juraran que nunca más la enviarían al manicomio.

¿Confiaba verdaderamente en que Mónika siguiera al pie de la letra sus instrucciones? Al menos se hacía esa ilusión.

Pero la idea que había tenido, a Roberta no le bastaba. Sentía resquemor hacia sus hermanas. A su juicio se habían portado muy mal.

Así que, al margen de esa idea que estaba convencida de que a la larga uniría a las hermanas, decidió castigar a Donna y a Jane, propinándolas más de un susto. Se Io merecían sobradamente.

Así pues, se puso de acuerdo con la vieja y fiel Anne, dándole instrucciones bien precisas. Tenía que llevarlas a cabo sin olvidarse de hacer nada de lo que iba a decirle. De lo contrario todo el plan se vendría abajo.

Lo primero que hicieron fue grabar la cassette y dejarlo todo preparado para que la voz, a su debido tiempo, sonara a través del hilo telefónico.

Después, Roberta mandó que hicieran una mascarilla de cera de su rostro. La muñeca que entre telarañas había de surgir ante sus hermanas en el sótano. En cuanto a la pequeña cruz de plata que pondrían entre sus dedos apenas su cadáver fuera colocado en el ataúd, Anne debería recogerla, quitársela sin que nadie se diera cuenta. Como asimismo, sin que nadie se diera cuenta, debería cambiar de postura sus manos, debería dejárselas sujetando el teléfono. El teléfono que, obedeciendo su última voluntad, habrían

colocado a su lado.

De este modo, cuando fueran al cementerio a abrir el ataúd y a asegurarse de que el cuerpo estaba allí y no en ninguna otra parte —porque irían, seguro que sí—, se encontrarían con el nuevo impacto, o nuevo susto, como se prefiera.

Por lo que respecta a la pequeña cruz de plata, Anne tenía que hacer que apareciera un día sobre la mesa del comedor. Sin embargo, en este sentido no pudo hacer lo que pretendía. Cuando fue a buscar la cruz de plata que había dejado escondida en el fondo de un cajón, vio que había desaparecido. Alguien por lo visto la había encontrado, llevándosela.

Otra cosa que la vieja Anne debía hacer era que aquel hedor fétido, nauseabundo, llegara a sus olfatos poco antes de llevarse a cabo las llamadas telefónicas.

Para tal fin dejó que en una caja de plástico, herméticamente cerrada, se pudrieran hasta la putrefacción más absoluta dos conejos. Cuando se tratara de que el olor se esparciera, con abrir la caja...

Para llevar a cabo todos esos extraños menesteres, la vieja Anne, empero, no estaba sola. La sirvienta joven le ayudaba. Lo mismo que Bruce, su novio. Por unas cuantas libras le obedecían, si bien no sabiendo en realidad de qué iba la cosa. Creyendo posiblemente que se trataba de gastar una broma. Aunque una broma harto pesada, se habían visto obligados a pensarlo así en más de una ocasión.

Sin embargo, los hechos se habían complicado del modo más trágico, más dramático.

Paul Pitts apareció ahogado en un tonel de vino, apretando en su mano derecha la cruz de plata. Esto no tenía explicación.

Luego murió Bruce. Una guadaña le había seccionado el cuerpo por la mitad. Esto tampoco tenía explicación.

En cuanto al doctor Carroll, alguien le disparó un tiro en la sien. No, este tercer crimen tampoco tenía explicación.

Pero Anne y la sirvienta joven habían callado todo lo que sabían. Tanto una como la otra estaban llenas de miedo.

*

—Le he dicho toda la verdad, señor Patmarr —dijo la vieja Anne al llegar a este punto de su confesión—. No le he ocultado nada. Puede creerme.

—La creo —aseguró Rex—, Y le agradezco que haya referido los hechos sin obligarme a tener que hacerlo yo. Aunque en realidad, como usted misma ha dicho, ciertos hechos quedan aún sin explicación. Bueno, aparentemente al menos...

—¿Sabe ya —preguntó Jennifer— quién es el asesino?

—Si lo sabe — le apremió Donna—, díganoslo, por favor. Como comprenderá estamos sobre ascuas.

—Sí, díganoslo —insistió Jane.

—Aunque sólo sea para protegernos... —apuntó Carolyn.

—Iremos por partes —dijo Rex Patmarr. Y volviéndose hacia la sirvienta joven—: Bruce debió ver al asesino... Debió verle cuando acababa con la vida de Paul Pitts... Después yo me lo encontré por aquí cerca, por los alrededores de Ia casa, tal vez esperaba la ocasión de hacer un chantaje... ¿Es así? Usted era su novia, debe saberlo...

—¡Sí! —exclamó la sirvienta joven—. Se le ocurrió pedirle una buena cantidad por callar. Así podríamos casarnos en seguida.

—Pero no le dijo a usted quién era el asesino, ¿verdad? —preguntó Rex.

—No, no —repuso la sirvienta joven—. Dijo que prefería no meterme en el sucio asunto. Temía que pudiera correr algún riesgo. Pero fue él quien... quien...

—Fue él —prosiguió el detective— el que debió ser más precavido. El asesino no estaba dispuesto a correr riesgos, así que le eliminó. Lo hizo con una guadaña. Sin duda la sacó del sótano, allí había una.

—¿Quién es el asesino? —inquirió la vieja Anne—, ¿Lo sabe usted de verdad, señor Patmarr?

—Sí —asintió Rex—, Ahora sólo me hace falta que se delate...

—¿Y al doctor Carroll? —preguntó Donna—. ¿Por qué le habrían matado?

—El doctor Carroll habría visto algo, o sospecharía algo. Aunque en su caso no debía existir el factor chantaje. Como fuera, lo más sensato, a juicio del asesino, fue sin duda eliminar posibles riesgos.

—¿Y Paul Pitts...? —preguntó Jane.

—Significaba un grave riesgo para el asesino —dijo Rex—, Era el hombre que Mónika había amado mucho. Si le veía, podía volver a amarle.

—¿Y aunque así fuera...? —preguntó Carolyn.

—Hay un móvil y no debemos olvidar cuál es, las monedas de oro. Pero retrocediendo en los hechos acaecidos, sí, me resultó fácil llegar a la conclusión de que Bruce estaba metido en el lío. Ese olor pestilente, nauseabundo, que llegó en dos ocasiones hasta nuestros olfatos, ¿de dónde procedía...? Sin duda de algo podrido, putrefacto, que luego era guardado en espera de ser utilizado de nuevo... El día que perseguí a Bruce y el pie se me hundió junto al tronco de un árbol, cerca de aquí, ya no dudé. Allí estaba bien encerrado y bien cubierto de tierra ese olor que nos querían hacer creer que llegaba desde el cementerio. Así que, busqué una ocasión propicia y cavé. En efecto, me encontré lo que esperaba. Pero, claro, usted Anne ya no

está para esos trotes. Me refiero a que ya no está para coger una pala y hacer un hoyo. Podía hacerlo la sirvienta joven de la casa, por descontado. Pero pensé en Bruce, resultaba más factible. Lo dicho, me resultó fácil comprender que él les ayudaba…

—Pero ¿quién es el asesino? —inquirió Donna—. ¡Díganoslo de una vez!

—Es alguien que quiere para sí, sólo para sí, las monedas de oro —dijo Rex—. ¿Que quién es esa persona? Eso lo sabremos relativamente pronto. Bueno, yo ya lo sé…

*

Jimmy Claitte y Mónika entraron en el vestíbulo, regresaban de pasear. Era ya de noche.

—No hay nadie en la casa —les comunicó la vieja Anne.

—¿Cómo es eso? —se asombró Jimmy Claitte.

—El inspector ha telefoneado. Ha querido que prestaran una nueva declaración.

—¿Sí…?

—Por lo visto han surgido ciertas contradicciones y considera imprescindible aclararlas cuanto antes —dijo Anne—, Incluso ha insistido en que fuera yo. Pero yo he preferido esperarle a usted, para que a su regreso no se extrañara de encontrar la casa vacía. Ahora que ya ha llegado —añadió— me reuniré con ellas.

—¿Y no quiere hablar conmigo el inspector? ¿Tampoco con Mónika?

—Con usted y con Mónika mañana. Eso creo que ha dicho.

—Pero usted es mayor, Anne, no puede hacer el camino a pie —repuso Jimmy Claitte seguidamente.

—Estoy acostumbrada a ese recorrido. No se preocupe.

—¿Quiere que la acompañe? —se ofreció Jimmy Claitte—. Pasan tantas cosas…

—No soy miedosa. Muchas gracias de todos modos.

—Como usted quiera.

—¿Te vas, Anne? —preguntó Mónika en aquel momento.

—Me ha mandado llamar el inspector de policía, quiere hablar conmigo.

—¿Y de qué quiere hablar contigo?

—De esas muertes…

—¿Qué muertes? —y por su expresión ya se había olvidado de todo lo sucedido. Aunque no, la cosa no llegaba a tanto, sin duda por eso dijo—: ¡Ah, sí, esas muertes…!

Pocos minutos después, tras ponerse el abrigo y una gruesa bufanda, la vieja Anne salió de la casa.

Y Jimmy Claitte, a través de los cristales de una de las ventanas del salón, estuvo viendo cómo se alejaba.

Sólo cuando la pequeña silueta de la sirvienta se perdió entre la oscuridad, se volvió hacia Mónika.

Esta permanecía de pie, cerca de él.

—Mónika... —dijo, y el tono de su voz estuvo lleno de dulzura, de cariño—, nos hemos quedado solos.

—¿Solos? —sonrió la loca.

—Voy a poder besarte de nuevo —la estrechó entre sus brazos y unió su boca a la de ella—. Hasta ahora sólo nos hemos besado fuera de esta casa.

—Pero tú dices que vas a tu habitación a escribir cartas, yo digo que salgo a pasear, nos reunimos y va bien... va bien... Nadie se entera...

—Aun así, esta situación debe acabarse —repuso Jimmy Claitte—, Te amo y quiero casarme contigo, ¿comprendes? Deseo verte vestida de novia, mientras el sacerdote nos une para toda la vida...

—¡Vestida de novia, de blanco, con flores de azahar...! —exclamó Mónika con énfasis.

—Pero luego de la boda tendremos que irnos lejos, y para eso necesitaremos dinero. Yo no lo tengo... Tú sí, Mónika. Tú lo tienes porque sabes dónde están escondidas las monedas de oro... ¿Vas a decirme dónde están? Piensa, Mónika querida, en nuestra boda, en nuestro amor...

—Roberta no quería que lo dijera a nadie —repuso la loca, y se llevó las manos a la cabeza con ese gesto ya habitual en ella cuando sentía que en su cabeza todo era un terrible embrollo—. Sólo debo decirlo a Donna y a Jane cuando me juren que nunca más me encerrarán en un manicomio.

—Ahora ya no tienes por qué estar pendiente de Donna, ni de Jane, ahora me tienes a mí que voy a ser tu marido —el tono de su voz reforzaba su ficticia dulzura, su falso cariño—. ¡Si supieras lo que te amo! ¡Oh, Mónika, eres la muchacha más preciosa del mundo!

—¿De veras te parezco la muchacha más preciosa del mundo? —iba de énfasis en énfasis.

—Claro que sí. Por eso quiero casarme contigo. Anda, querida mía, dime dónde están escondidas las monedas de oro...

Estaban solos en la casa. Podían actuar con entera libertad. Jimmy Claitte sabía que era ésa una oportunidad única, inmejorable, que no podía desperdiciar.

—Anda, querida —la apremió—, dímelo.

—Están aquí, en esta estancia —afirmó Mónika.

—Pero, ¿dónde...? ¿Dónde...?

—Muy cerca del lugar en que ahora estamos.

—Pero ¿dónde...? ¿Dónde...? —y Jimmy Claitte apenas podía sujetar su anhelo, su impaciencia.

—Están escondidas en la chimenea —lo dijo finalmente—. Pero nos casaremos, ¿verdad que sí? Yo llevaré un vestido blanco... —era como si Mónika, en medio de su sinrazón, dudase en el fondo de la sinceridad de aquel hombre.

—Claro que nos casaremos —aseguró Jimmy Claitte—. Claro que tú llevarás el vestido blanco más maravilloso que ojos humanos hayan visto nunca. ¿Pero en qué parte de la chimenea están escondidas...?

—Bajo la repisa —repuso Mónika—. Y para que la repisa se mueva basta con apretar aquí...

Uniendo la acción a la palabra, se dirigió al hueco de la chimenea y metió la mano hacia lo alto, con cuidado de no quemarse, pues el fuego era crepitante.

Al instante la repisa se movió, quedando a la vista una arqueta de madera tallada.

Jimmy Claitte se apresuró a cogerla y a abrirla. Las manos le temblaban de incontenible emoción, de irrefrenable júbilo.

La arqueta estaba llena, hasta rebosar, de relucientes monedas de oro.

—Bueno —dijo Jimmy Claitte—, ya somos ricos, Mónika. ¿Sabes lo que* voy a hacer? Ahora mismo voy a ir a comprar tu vestido de novia...

—¡Oh, sí, sí! —exclamó Mónika, y se puso a palmotear.

—Me llevo la arqueta para que en la «boutique» vean que tengo dinero y que voy a pagar el vestido de novia, ¿eh? —Temía que ella opusiera algún reparo, pero no, le pareció bien—. Volveré en seguida. Apenas tardaré una media hora.

—Te estaré esperando.

Jimmy Claitte tenía la intención de coger su coche y de desaparecer de allí como alma que lleva el demonio. Nadie volvería a saber de él. Igual que si la tierra le hubiera tragado.

Pero así que se dispuso a salir del salón, se dio cuenta del terrible y lamentable error en que se hallaba. No, no estaba solo en la casa. En el mismo umbral de la puerta se hallaba Rex Patmarr.

Entonces, ¿por qué la vieja Anne le había dicho...?

Se trataba de una encerrona.

Por lo visto el detective había comprendido que era él el causante de aquellas muertes.

Pero, bueno, las deducciones de Rex Patmarr habían llegado tarde. El ya tenía en su poder la arqueta repleta de monedas de oro. Además, llevaba encima una pistola automática.

No lo tenía todo perdido. Ni mucho menos. A las buenas o a las malas conseguiría salir de aquella casa. Y lo dicho, nadie volvería a

saber de él. Igual que si la tierra le hubiera tragado.

—No tan aprisa, amigo... —dijo Rex Patmarr.

Ya para entonces, tras el detective, habían aparecido Donna, Jane y Jennifer. También Carolyn, quien, haciéndose cargo de lo que significaba la escena que estaba presenciando, se estremeció hasta lo más hondo. Sin saberlo había estado amando a un asesino.

—¿Va a prohibirme la salida? —preguntó Jimmy Claitte.

—Sí —afirmó Rex Patmarr—. Por descontado, antes de llevarle detenido a Ia comisaría preferiría aclarar ciertos pormenores...

—Nadie va a llevarme detenido a ninguna parte —replicó Jimmy Claitte con el tono hiriente—, Y aquí está esto, para demostrárselo —no quiso dilatarse más y su mano apareció empuñando la pistola.

CAPITULO XI

—Ya veo, ha pensado en todo —comentó Rex Patmarr, pero sin haberse alterado lo más mínimo, con absoluta tranquilidad—, Le felicito por ello. Pero antes de marcharse con el oro, explíquenos por qué la cruz de plata apareció en la mano de Paul Pitts—, No nos deje con la curiosidad.

—No tengo inconveniente en decírselo —repuso, y seguía su tono hiriente—. Mimado aquí y allá, buscando las monedas de oro, di en la cocina, en el fondo de un cajón, con Ia cruz de plata, y me la guardé. Acababa de comprender que la vieja Anne era la causante de las cosas extrañas que sucedían. El apagón de luz. El olor nauseabundo. La llamada telefónica, con la voz de una muerta hablándonos desde el Más Allá... Sí, la cruz de plata acababa de demostrarme que todos esos hechos espeluznantes no eran más que un juego. No, no dije que había encontrado la cruz...

—¿Por qué no lo dijo? —preguntó Rex.

—Porque quise que Donna y Jane, y Carolyn también, claro está, no supieran que todo aquello lo tramaba la vieja Anne. Aclarar las cosas no podía beneficiarme. Yo me había propuesto, mientras unos y otros se morían de miedo, ir directo a lo mío...

—¿Y qué era lo suyo? —preguntó Rex—, Bueno, lo adivino por lo que ahora estoy viendo. Enamorar a Mónika, sacarle su secreto y luego, con el producto de lo conseguido, desaparecer...

—Exactamente —dijo Jimmy Claitte—. Y por descontado es lo que voy a hacer. Pero, claro —convino—, no lo he tenido tan sencillo como parece. Para empezar, apareció Paul Pitts. No, no podía consentir que volviera a las andadas y terminara llevándose lo que yo consideraba ya mío. Y muy mío, porque Mónika había acusado desde el primer momento la intensidad de mis miradas.

—Así lo comprendí yo también —dijo Rex—. Si Mónika, que llegó sucia y desgreñada, se volvía de pronto aseada y presumida, sólo podía haber una explicación, un hombre de por medio. Y aquí en esta casa, descartándome a mí, sólo quedaba usted y el doctor Carroll. Este era ya demasiado entrado en años como para recelar de él. Sólo quedaba usted, señor Claitte.

—Como se trataba —prosiguió diciendo Jimmy Claitte— de impedir como fuera que Paul Pitts se saliera con la suya, acudí a su encuentro y le dije que Mónika se había enterado de su llegada y que deseaba verle en seguida. Le dije que le esperaba en el sótano. Le facilité las llaves de la puerta trasera para que pudiera llegar hasta allí con discreción. Paul Pitts se Io creyó todo y...

—Y en el sótano le recibió usted —repuso Rex.

—Le di un fuerte golpe con un hierro, haciendo que perdiera el conocimiento —refirió acto seguido Jimmy Claitte—. Luego le metí en el tonel de vino y le ahogué. Bueno, antes de conseguirlo volvió en sí y me lo puso difícil. Se debatía como un desesperado por salir de allí. En un par de ocasiones sacó los brazos del vino y se aferró a mí como queriendo arrastrarme allá dentro. Por lo visto llegó a meter la mano en el bolsillo de mi americana, que era donde yo tenía la cruz de plata. De eso no me di cuenta hasta un rato después.

—¿Y por qué mató a Bruce? —preguntó Rex.

—Solía merodear por los alrededores de la casa, así veía a su novia e intercambiaban caricias. Tuvo la inoportunidad de ver más de la cuenta y eso le animó a hacerme chantaje. Yo fingí que aceptaba sus condiciones, pero acabé a la primera ocasión que tuve. Mi único error consistió en no acabar con usted, señor Patmarr. Debí darle con la piedra más fuerte, hasta partirle la cabeza en dos. En cuanto al doctor Carroll, acabé con su vida porque recelaba de mí. —Y Jimmy Claitte había de decir finalmente—: Queda todo explicado y su curiosidad satisfecha, ¿verdad, señor Patmarr?

—Sí —asintió éste.

Jimmy Claitte reparó en aquel momento en la expresión de Carolyn, su novia. Y no pudo menos de preguntarle:

—¿Te has mirado bien al espejo, Carolyn? —su menosprecio no pudo ser más absoluto—. Eres fea y gorda. Como es lógico, jamás me he sentido atraído por ti. Tengo mejor gusto que todo eso. Yo sólo quería tu dinero. Pero ¿qué era ese dinero comparado con la fortuna que contenía esta arqueta? —y estrechaba la arqueta contra su pecho, con el brazo izquierdo, mientras con la mano derecha seguía apuntándoles con la pistola.

—¿Y ahora qué? —preguntó Rex—, ¿Pretende marcharse así, por las buenas? Me parece que peca de ingenuo, de optimista.

Rex Patmarr estaba convencido de ello. A él no se le escapaba nadie.

—Supongo que no va a proponerme que me entregue, ¿eh? La idea de ir a la horca no me seduce en absoluto, así que ni lo sueñe —y Jimmy Claitte puntualizó—: Voy a irme, y desgraciado del que intente oponerse.

Hasta aquel momento Mónika había permanecido escuchando lo que allí se decía. Pero no debía entender bien aquellas palabras, pues de forma constante se llevaba las manos a la cabeza y se quedaba con una expresión entre boba y desazonada.

Pero como si de pronto Io comprendiera todo, se abalanzó hacia Jimmy Claitte y le dijo:

—Quieres traicionarme, ¿eh?

Jimmy Claitte ya no estaba para tomarse la molestia de seguir

engañándola. Por eso le respondió, más hiriente que nunca su tono.

—Voy a irme solo.

Mónika puso el gesto de quien acepta la realidad, de quien se resigna. Sin embargo, así que Jimmy Claitte le dio un poco la espalda, se agachó hacia el hueco de la chimenea, cogió un tronco de los que allí ardían, y alzándolo lo máximo que pudo lo descargó furiosamente sobre la cabeza del hombre que pretendía marcharse de allí sin ella.

Jimmy Claitte se desplomó, y con él la arqueta, por lo que se desparramaron por el suelo las monedas de oro.

Pero no, Jimmy Claitte no había perdido por completo el conocimiento.

Mónika se dispuso a darle de nuevo con el tronco encendido. Sus manos se estaban convirtiendo en ampollas, pero no se percataba de lo que le sucedía. Su excitación era tan intensa, tan aguda, que le anulaba el dolor.

Pero el tronco que había herido la cabeza de Jimmy Claitte, chamuscándole los cabellos y la piel, hizo que se dejara sentir en el aire un desagradable olor a quemado.

Mónika olfateó el aire, no le gustó aquel olor, y desistió de seguir dándole con el tronco.

Sin embargo, estaba claro que odiaba ahora a aquel hombre, y tanto, y tan intensamente, que el odio no le cabía dentro. Se había desbordado dentro de ella en terribles ole-das y le salía por los ojos en incontenibles y furiosas llamaradas.

—¡Ibas a traicionarme una vez más! —exclamó, y tras arrojar el tronco a la chimenea, se abalanzó sobre la pistola de Jimmy Claitte, que a éste, en la caída, se le había desprendido de la mano. Y repitió —: ¡Ibas a traicionarme una vez más! ¡Sí, una vez más, porque te he reconocido, tú eres Paul Pitts!

—No... yo... no soy... él... —gimió Jimmy Claitte, asustado hasta el paroxismo ante el brillo de locura, de demencia, que asomaba en aquellos ojos.

—¡Sí! —gritó Mónika—. ¡Tú eres Paul Pitts! ¡Querías burlarte de mí una vez más!

—No... yo no... soy él... —repitió de nuevo, y quiso ponerse en pie, se esforzó angustiosamente en ello.

No lo consiguió.

La herida producida por el tronco ardiendo era más honda de lo que pudiera creer en un principio. Se sintió incapaz de valerse por sí mismo.

— ¡Voy a matarte a tiros...! —gritó de nuevo Mónika—, ¡De ésta no saldrás con vida! ¡Ya es hora que alguien te ajuste las cuentas!

Y Mónica cogió la pistola, colocando el dedo pulgar junto al gatillo. Dispuesta a disparar.

Sí, había puesto en el gatillo su dedo pulgar. Lo cierto es que su locura le impidió darse cuenta de que no colocaba la pistola en la posición correcta.

No, no había encañonado a Jimmy Claitte. Se estaba encañonando a sí mismo misma.

—¡Eres un ser vil, miserable, y mereces… —y antes de que Rex Patmarr pudiera evitarlo, Mónika movió el dedo pulgar y apretó el gatillo.

Sonaron varias detonaciones y las balas se incrustaron en el cuerpo de Mónika. La expresión de la loca, entonces, no pudo ser de más absoluta perplejidad.

Se miró el pecho. La sangre fluía por tres lugares distintos. Levantó una ceja con gesto de asombro, de quien no termina de entender nada.

Pero finalmente debió entenderlo porque miró con fijeza la pistola y terminó cambiándola de posición.

Ahora sí le encañonaba a Jimmy Claitte.

—No… yo no… soy Paul Pitts… —balbuceó Jimmy Claitte, de nuevo asustado hasta el paroxismo.

—Sí eres él —afirmó Mónica—. Te has cambiado la cara para desconcertarme, para engañarme, pero te he reconocido. ¿Cómo no voy a reconocerte? Eras malo antes y sigues siéndolo ahora.

Apretó el gatillo. Una y otra vez. Vaciando por completo el cargador.

Y las balas, trágicamente inexorables, fatalmente inapelables, atravesaron el cuerpo de Jimmy Claitte.

Cuando Mónika dio un par de tumbos y se desplomó sin vida, lo hizo sobre el cuerpo de un hombre que ya estaba muerto.

Por el suelo relucían las monedas de oro.

Algunas de ellas no eran ahora doradas, sino rojas…

Estaban teñidas de sangre.

FIN